
Examen de la Primera parte de los Comentarios Reales

(FRAGMENTO DE UN ENSAYO SOBRE LOS HISTORIADORES PERUANOS)

3.—El crédito de la primera parte de los *Comentarios Reales* ha pasado por extremas vicisitudes. Gozaron los *Comentarios* de favor desmesurado por muchos años. Eran casi la única obra accesible sobre antigüedades peruanas. Garcilaso, con su amenidad y gracia, hizo olvidar las relaciones de los otros cronistas de los Incas. Y mientras éstas permanecieron, salvo excepciones muy raras, manuscritas en los archivos de España (1), los *Comentarios* se tradujeron á varios idiomas, recorrieron el mundo, y ejercieron, en materia de historia del Perú indígena, una prolongada y absoluta dominación, que hoy expían:

Desde mediados del último siglo, la crítica moderna descubrió la credulidad y parcialidad de Garcilaso. Ya Prescott lo tachó de *exagerado panegirista*, aunque reconociendo *el germen de verdad que no es difícil descubrir en cuanto dice*. Después, la publicación de varias crónicas y de numerosos documentos recientemente hallados ó impresos, han demostrado que Garcilaso es en muchos asuntos incompleto é inexacto. Pero, como siempre, la reacción ha resultado excesiva. Del viejo y temerario prurito de tomar por único guía á Garcilaso, se ha venido á parar en otro no menos temerario: rechazarlo en conjunto, sin distinciones ni salvedades.

(1) Las afamadas historias de Gómara, Herrera, Zárate y Diego Fernández de Palencia no tratan de los Incas sino incidentalmente y de manera muy sumaria.

des, y prescindir por sistema de sus noticias y testimonios. En la hora presente, quien no quiera parecer hombre de atradísima cultura ha de guardarse mucho de citar á Garcilaso, como no sea para maltratarlo. Las cosas han llegado al punto de que no sorprende que un ilustre crítico, famoso tanto por lo seguro de su erudición cuanto por lo recto de su juicio, estampe las siguientes palabras: “Los *Comentarios Reales* no son texto histórico; son una novela utópica, como la de Tomás Moro, como la *Ciudad del Sol* de Campanella, como la *Océana* de Harrington; el sueño de un imperio patriarcal y regido con riendas de seda, de un siglo de oro gobernado por una especie de teocracia filosófica.” (1)

Abramos al acaso el asendereado libro. Nos encontramos con estas palabras sobre el inca Sinchi Roca: “Algunos indios quieren decir que este inca no ganó más de hasta Chuncara; y parece que basta para la poca posibilidad que entonces los Incas tenían. Empero otros dicen que pasó mucho más adelante, y ganó otros muchos pueblos y naciones que van por el camino de Umasuyu. Que sea como dicen los primeros ó como afirman los segundos, hace poco al caso que lo ganase el segundo inca ó el tercero” (2). Abrimos los *Comentarios* por otro lado y leemos: “Volviendo al inca Mayta Cápac, es así que casi sin resistencia redujo la mayor parte de la provincia Hatumpacasa..... Si fué en sola una jornada ó en muchas, hay diferencia entre los indios, que los más quieren decir que los Incas iban ganando poco á poco, por ir doctrinando y cultivando la tierra y los vasallos. Otros dicen que esto fué á los principios, cuando no eran poderosos; pero después que lo fueron, conquistaban todo lo que podían.” (3) Hojeamos algunas páginas y nos hallamos con que Garcilaso declara sobre el mismo Mayta Cápac: “Como á los pasados, le dan treinta años de reinado, poco más ó menos, que de cierto no se sabe los que rei-

(1) Marcelino Menéndez y Pelayo: *Antología de poetas hispano-americanos*, tomo III, pág. CLXIII.

—*Orígenes de la novela*, tomo I, págs. CCCXC y siguientes.

(2) Cap. XVI del libro II de la *Primera parte de los Comentarios*.

(3) Cap. II del libro III de la *Primera parte de los Comentarios*.

nó ni los años que vivió; ni yo pude haber más de sus hechos." (1) Convengamos en que no es éste el tono de un novelista utópico; es el tono de un historiador. Nos sentimos lejos, no sólo de Campanella ó Mero, sino de la imperturbable seguridad de los cronistas Montesinos y Cabello Balboa. Y sin trabajo se podrían multiplicar las citas de semejantes pasajes. Garcilaso confiesa á menudo que ignora ciertos nombres, los años que reinaron los incas y los que emplearon en las campañas. La sinceridad con que admite y reconoce incertidumbres y dudas, es garantía de su veracidad.

Cuando se encuentra con tradiciones disconformes, no vacila en presentarlas todas, y á veces ni siquiera se toma la libertad de manifestar que se decide por una. No estaba tan ayuno de discernimiento el que ha escrito lo siguiente: "Que digan los indios que en uno eran tres y en tres uno, es invención nueva dellos, que la han hecho después que han oído la trinidad y unidad del Verdadero Dios Nuestro Señor, para adular á los españoles con decirles que también ellos tenían algunas cosas semejantes á las de nuestra santa religión." (2) "Todo lo que en suma hemos dicho de esta conquista y descubrimiento que el rey Inca Yupanqui mandó hacer por aquel río abajo, lo cuentan los incas muy largamente, jactándose de las proezas de sus antepasados..... Mas yo, por parecerme algunas de ellas increíbles para la poca gente que fué..... me pareció no mezclar cosas fabulosas, ó que lo parecen, con historia verdadera." (3)

Claro que no vamos á proclamar á Garcilaso como dechado de crítica histórica, ni como el más reflexivo de los cronistas del Perú. Nadie niega que sea crédulo y parcial. En páginas anteriores he indicado las causas de su credulidad y parcialidad, y á ellas conviene agregar ahora que por el estado de ánimo en el cual trabajó los *Comentarios*, tenía que propender á la idealización del imperio de los Incas. En el atardecer de su vida y en el retiro de Córdoba, los cuentos y las tradiciones que rodearon su cuna y embelesa-

(1) Cap. IX del libro III, *Primera parte de los Comentarios*.

(2) Cap. V, libro II, *Primera parte*.

(3) Cap. XV, libro VII, *Primera parte*.

ron después su imaginación de adolescente en el distante Cuzco, hubieron de aparecérsese hermoseados por el sentimiento y envueltos en un suave y brillante velo nostálgico, tejido por el encanto de la doble lejanía en el tiempo y en el espacio. Pero su credulidad ¿es por ventura excepcional? ¿No es casi la misma que la de todos los escritores de su tiempo? Recuérdese lo que era la crítica de los siglos XVI y XVII; tráiganse á la memoria los falsos cronicones y los primeros capítulos de Mariana y de Florián de Ocampo; y dígase en seguida si es justo y racional deplorar con tan grande y marcada insistencia la *credulidad y ligereza* de quien en la vaga y obscurísima historia incásica procedió con sagacidad indudablemente mayor que la desplegada por la generalidad de sus contemporáneos en la indagación de la primitiva historia ibérica, Comparemos á Garcilaso con los que trabajaron en el mismo campo que él, con los cronistas que trataron de los Incas. De seguro Cieza de León y Ondegardo lo superan, aunque no tanto quizá cómo hoy es moda afirmarlo. Pero comparémoslo, no ya con un pobre indio ignorante, como Juan de Santa Cruz Pachacuti, ó con el autor de una miscelánea recreativa, como Cabello Balboa; sino con el erudito Montesinos y con el padre Anello Oliva. Toda persona de buena fé reconocerá que Garcilaso, el capitán mestizo "nacido entre indios y criado entre armas y caballos", aventaja en rectitud de criterio al licenciado de Osuna y al jesuíta italiano.

Indiscutida y evidente es la parcialidad y apasionamiento de Garcilaso por los Incas; pero ¿basta comprobar la parcialidad de un autor para anular su crédito? Desde Herodoto y Tucídides, Tito Livio y Tácito hasta Macaulay y Mommsen, parciales son los más reputados historiadores. Sin cierto género de parcialidad, manifiesta ú oculta, consciente ó inconsciente, es imposible escribir la historia. Importa mucho, por cierto, conocer la magnitud y el alcance del apasionamiento en un historiador, para prever sus errores y rectificarlos aproximadamente; pero mientras no se averigüe y demuestre que ese apasionamiento ha llegado á hacerlo mentir, el sentido común dicta que se le oiga y consulte, con precaución mayor ó menor según los casos. Si

atendemos á Pedro Pizarro y al padre Cobo, que, para disculpar la conquista, hacen un retrato tan desfavorable y sombrío del régimen de los Incas, ¿cómo no atender á Garcilaso, que se detiene en describir los mejores aspectos de ese régimen? El deber del crítico es semejante al del juez: consiste en adivinar la verdad sirviéndose de las contrapuestas defensas, y nó en imponer silencio á los abogados de las partes, so pretexto de que carecen de imparcialidad. Ser *parcial* no equivale necesariamente á ser *embustero*. Y téngase en cuenta que (como dice Pí y Margall, uno de los rarísimos escritores recientes que hacen cumplida justicia á Garcilaso), (1), la parcialidad de los *Comentarios* se halla en las reflexiones y consideraciones, mucho más que en las narraciones y noticias; y es relativamente fácil separar éstas de aquellas.

La autoridad de un libro histórico reposa en la de sus fuentes. De dos clases son las de la *Primera parte de los Comentarios*: tradiciones incásicas y cronistas españoles.— En cuanto á las primeras, nadie se ha encontrado en situación más favorable que Garcilaso para utilizarlas. Don Vicente Fidel López ha tenido la intrepidez heroica de negar que Garcilaso supiera quechua (2); pero ya Tschudi ha dado á tan absurda inculpación la respuesta que merece. Para escribir los *Comentarios*, no se satisfizo Garcilaso con sus recuerdos; sino que consiguió que sus deudos y condiscípulos del Perú le enviaran relaciones sacadas de los quipos (3). Y repárase en que la mayor parte de estos sus deudos y condiscípulos pertenecía á la alta nobleza incásica, la cual clase era la única que sabía en tiempo de la Conquista dar cuenta de los acontecimientos históricos (4). Es verdad que cuando Garcilaso reunió esas relaciones había transcurrido medio siglo de colonización; y que Cieza y Onde-

(1) Pí y Margall: *Historia general de América*. t. I, vol. primero, pág. 329.

(2) *Les races aryennes du Pérou* (París, 1881), pág. 336.

(3) Libro I, Cap. XIX de la *Primera parte*.

(4) Véase lo que sobre esto dice el padre Cobo en el cap. II del libro XII de la *Historia del Nuevo Mundo*.—La exactitud de la asección se comprueba con las informaciones que el virrey Toledo mandó hacer en Jauja y Huamanga el año de 1570. Era tal la ignorancia de los caciques é indios viejos de estas provincias acerca de la historia de los Incas, que creían á Manco Cápac padre y predecesor inmediato de Pachacátec (Vid. el extracto

gardo, desde 1550 y 1560 respectivamente, recogieron de los labios de los *orejones* del Cuzco y consignaron por escrito los hechos de los antiguos monarcas y las leyes del imperio. Pero la desventaja que en cuanto al tiempo lleva Garcilaso respecto de los citados Ondegardo y Cieza, está compensada si se considera que éstos necesitaron, para entenderse con los *orejones*, emplear intérpretes que con frecuencia alteraban y estropeaban por impericia la exacta significación de los relatos. Además, no pocas veces los mismos incas declarantes falseaban los sucesos, por el temor y el recelo que les inspiraban los españoles. Su actitud con Garcilaso tenía que ser diversa. Si á alguien pudieron confiar con veracidad y solicitud las noticias de sus antiguallas, fué al amado pariente; y si hubo alguien capaz de comprenderlas, fué seguramente Garcilaso, educado en aquella tradición,

En cuanto á los historiadores españoles que le precedieron, Garcilaso anuncia desde el principio que los copiará á la letra donde conviniere, "para que se vea que no finge ficciones" (1). Cumpliendo la promesa, robustece casi todos sus capítulos con citas de cuantos autores pudo consultar. Se sirve perferentemente de los más fidedignos: del juicioso Zárate; del agudo Gómara; de los sabios José de Acosta y Jerónimo Román y Zamora; de la *Crónica del Perú* de Cieza; y de los fragmentos de la crónica de Valera. Aunque sin saberlo, en las páginas de Acosta ha disfrutado de un resumen de los

to de las informaciones de Toledo publicado por don Marcos Jiménez de la Espada á continuación del *Segundo libro de las Memorias de Montesinos*, Madrid, 1872).

En cuanto á las relaciones de meros *quipocamayos* (como el Catari invocado por el padre Oliva), Tschudi explica muy bien en su *Contribución para el estudio de la arqueología y lingüística del Perú antiguo* (Viena 1891) las razones de la escasa confianza que debe prestárseles. No estando interesados de igual modo que los *orejones* ó *incas* en retener después de la conquista los comentarios verbales que eran la indispensable clave de los quipos históricos, los dejaron caer en olvido; y suplieron con mentiras la ciencia que ya les faltaba. Pero estas consideraciones no son aplicables naturalmente á los *quipocamayos* del Cuzco, que vivían en el foco de los recuerdos incásicos. De estos *quipocamayos* cuzqueños existe una valiosa información, que hemos de utilizar en nuestro estudio, hecha en 1542 por mandado de Vaca de Castro. La publicó Jiménez en la Espada (*Una antigualla peruana*, Madrid, 1892) nó en la redacción original, hoy perdida, sino en el resumen que de ella compuso el año 1608 un cierto fray Antonio, probablemente fray Antonio Calancha.

(1) Libro I, cap. XIX de la *Primera parte*.

trabajos de Ondegardo, y á través de Román y Zamora del texto literal de una relación del padre Cristóbal de Molina (1). Puede, pues, decirse que dispuso de los más ricos y abundantes materiales. Apoyados en tales fundamentos, sus *Comentarios* (dígase lo que se quiera) son dignos de muy seria atención. Cierto que en muchas cosas Garcilaso se aparta de los cronistas españoles, cierto también que algunas de sus opiniones personales (como las relativas á la religión y á los sacrificios humanos) están definitivamente refutadas; pero en otras cuestiones es probable que, por su especial condición y por los datos que poseyó, haya él solo acertado con la verdad. Un examen de sus discrepancias con los demás cronistas y de los vacíos que en él advierte la ciencia moderna, será el mejor medio de tasarlo en su justo valor.

La primera acusación que se le dirige, es haber negado la cultura preincásica. Empapado en las fabulosas tradiciones de sus parientes los Incas, que pretendían arrogarse el título exclusivo de civilizadores del territorio, nos pinta á los peruanos sumidos antes de Manco Cápac en profunda barbarie y aun en el salvajismo: “En aquella primera edad y antigua gentilidad, unos indios había poco mejores que bestias mansas y otros mucho peores que fieras bravas..... Gente sin letras ni enseñanza alguna..... Los más políticos tenían sus pueblos poblados sin plaza ni orden de calles ni de casas. Otros, por causa de las guerras que unos á otros se hacían, poblaban en riscos y peñas altas, á manera de fortaleza, donde fuesen menos ofendidos por sus enemigos. Otros en chozas derramadas por los campos, valles y quebradas..... Vivían en latrocinios, robos, muertes, incendios de pueblos; y de esta manera se fueron haciendo muchos señores y reyecillos, entre los cuales hubo algunos buenos, que trataban bien á los suyos, y los mantenían en paz y justicia. A estos tales, por su bondad y nobleza, los indios con simplicidad los adoraron por dioses,

(1) Compárese la parte relativa al Perú de las *Repúblicas del Mundo* de Román con el fragmento de la *Historia de las Casas* publicado por Jiménez de la Espada bajo el título de *Las antiguas gentes del Perú*, y que, como el mismo Jiménez de la Espada lo comprueba, no es sino una transcripción, con ligeras variantes, de un manuscrito de Molina.

viendo que eran diferentes y contrarios de la otra multitud de tiranos. En otras partes vivían sin señores que los mandasen ni gobernasen, ni ellos supieron hacer república de suyo, para dar orden y concierto en su vivir..... Y así unos fueron en su vida, costumbres, dioses y sacrificios barbarísimos, fuera de todo encarecimiento. Otros hubo simplicísimos en toda cosa..... Otros participaron del un extremo y del otro, como lo veremos en el discurso de nuestra historia." (*Comentarios Reales*, Primera parte, Libro I, caps. IX, XII, XIV).

Garcilaso atenúa un tanto el alcance de esta pintura al transcribir en el libro III las relaciones de su condiscípulo Diego de Alcobaza y de Pedro Cieza de León sobre las ruinas de Tiahuanaco; y al contar en el libro VI la reducción de los señoríos de Chíncha, Chuquimancu, Cuismancu y el Gran Chimú. Por los pasajes citados reconoce tácitamente agrupaciones sociales anteriores á los Incas y bastante adelantadas. No es éste el único caso en que ha corregido de algún modo sus primeras aserciones. Como la elaboración de los *Comentarios* duró varios años, se ha encontrado á veces con nuevos documentos, que lo han convencido de la inexactitud de lo que había asegurado. En lugar de alterar lo ya escrito, ha preferido entonces desmentirse en capítulos posteriores. Así lo hace en lo relativo al número de descendientes de los reyes incas, que á la sazón quedaban en el Perú (cap. XL del libro IX, Primera parte). Semejante método prueba una sinceridad que lo honra y que inspira confianza, y una negligencia de redacción que su vejez y la magnitud de su obra disculpan.

Pero con atenuaciones ó sin ellas, siempre resulta que ha desconocido la existencia de una verdadera civilización anterior á la de los Incas. Ahora bien; se ha demostrado de manera irrefragable que esa civilización existió y alcanzó gran florecimiento. Numerosos edificios ciclópeos, cuya arquitectura es muy distinta de la empleada en los palacios y monumentos construídos por los herederos de Manco; inscripciones jeroglíficas vetustísimas; artefactos de forma y colorido especiales y extraídos de enormes profundidades; la inmemorial difusión de la lengua quechua por la sierra hasta

la comarca de Quito, donde Túpac Yupanqui y Huayna Cápac la hallaron ya establecida, lo cual supone una antigua conquista; y, por fin, la consideración de que un sistema social y político como el del Tahuantinsuyu no se improvisa y ha necesitado sin duda para nacer y desarrollarse el transcurso, no de una, sino de muchas dinastías; son los argumentos incontestables en que se basa la tesis de la civilización preincásica, ó, mejor dicho, de la serie de civilizaciones y dominaciones que durante siglos precedieron á los Incas. Y no se trata sólo de estados pequeños, de particulares y aislados focos de civilización, como se creía antes. La penetración del idioma quechua y de las construcciones megalíticas hasta Pasto por el norte y hasta Tucumán por el sur, y últimamente el descubrimiento de Chanchán de objetos pertenecientes á la misma época que los templos y relieves de Tiahuanaco, nos obligan á aceptar que á principios de la era cristiana una gran unidad étnica y política, un vasto imperio, abarcó la misma extensión que el incásico. Y aun aquel antiquísimo imperio, llamado por lo común de Tiahuanaco, encontró ya en la costa una civilización preexistente y adulta, y distinta de la de los Chinchas y Chimus que los Incas sujetaron (1).

Por haber negado Garcilaso tan larga serie de culturas, y por haber sido el autor favorito de sus impugnadores, dijo de él don Vicente Fidel López (2) que, con el objeto de concentrar sobre sus antepasados los Incas las glorias de toda la raza peruana, no había vacilado en suprimir, á sabiendas y de una plumada, la historia de cuatro mil años. No es menester mucho esfuerzo para disipar tan injurioso é inmerecido cargo. Garcilaso ha ignorado, pero no ha mentido. Ha referido lealmente lo que le contaron los indios serranos, olvidados, por su falta de letras, del primitivo imperio, y á los que no había llegado nunca sino una repercusión muy debilitada de las lejanas civilizaciones costeñas. Y tan cierto

(1) Así aparece de las interesantísimas excavaciones del doctor Máximo Uhle en Chanchán, en Pachacámac, en Nazca y en la Nievería (valle de Lima.)

(2) Vicente Fidel López, *Les races aryennes du Pérou*.

es esto que todos los cronistas del siglo XVI presentan descripciones de los tiempos preincásicos fundamentalmente idénticas á la de Garcilaso. Cieza de León, no obstante de que en la *Crónica del Perú* señala el carácter prehistórico de las ruinas de Tiahuanaco, Huaraz y Vinaque, escribe en el *Señorío de los Incas*: “Muchas veces pregunté á los moradores destas provincias lo que sabían que en ellas hobo antes que los Incas los señoreasen; y sobre esto dicen que todos vivían desordenadamente, y que muchos andaban desnudos, hechos salvajes, sin tener casas ni otras moradas que cuevas de las muchas que vemos haber en riscos grandes y peñascos, de donde salían á comer de lo que hallaban por los campos. Otros hacían en los cerros castillos que llaman *pucara*, de donde, ahullando con lenguas extrañas, salían á pelear unos con otros sobre las tierras de labor ó por otras causas, y se mataban muchos dellos, tomando el despojo que hallaban y las mujeres de los vencidos.” (1) El padre Acosta trae las siguientes palabras: “Y así tienen por opinión que los Tampus son el linaje más antiguo de los hombres. De aquí dicen que procedió Mango Cápac, al cual reconocen por el fundador y cabeza de los Ingas.” No les dá más de cuatrocientos años de historia, y agrega: “Todo lo de antes es pura confusión y tinieblas, sin poderse hallar cosa cierta..... *Hay conjeturas muy claras que por gran tiempo no tuvieron estos hombres reyes ni república concertada, sino que vivían por behetrías, como ahora los Floridos, los Chiriguanas y los Brasiles.....* Primeramente en el tiempo antiguo en el Pirú no había reino ni señor á quien todos obedeciesen, más eran behetrías y comunidades.” Estas behetrías y comunidades “se gobiernan por consejo de muchos y son como concejos. En tiempos de guerra eligen un capitán á quien toda una nación, ó provincia obedece. En tiempo de paz cada pueblo ó congregación se rige por sí y tiene algunos principales á quienes respecta el vulgo, y cuando mucho júntese algunos de éstos en negocios que les parecen de importancia, á

(1) Cieza de León, *Señorío de los Incas*, Cap. IV.

ver los que les conviene.” (1) Pedro Gutiérrez] de Santa Clara dice: “Los indios viejos oyeron á sus mayores, y lo tienen hoy día en sus memorias y *cantares*, que hacía seiscientos años no tenían reyes sino unos señoretos que gobernaban en las provincias;” y Pedro Pizarro: “La tierra [del Perú] antes que estos señores [los Incas] la sujetasen, era behetrías; aunque había algunos señores que tenían sujetos al gobierno pueblos pequeños cercanos á ellos, y éstos eran pocos. Y así en las behetrías traían guerras unos con otros.” Herrera y Diego Fernández de Palencia confirman la misma versión. Las Casas y fray Jerónimo Román, que lo sigue, se expresan de la primera época, seiscientos años antes de la Conquista, como de un período de sencillez y rusticidad, en que los naturales se gobernaban por reyezuelos “pequeños y de no mucho poder, por cuanto eran comúnmente de los más buenos y principales de los pueblos;” en suma, de una civilización incipiente y escasísima, que se toca con la barbarie, aunque “los que vivían en los llanos [la costa] eran más políticos” (2). Las informaciones hechas en el Cuzco el año 1572 por mandado del virrey Francisco de Toledo, y que contienen las declaraciones de gran número de indios nobles y ancianos, dilatan hasta los reinados de los incas Pachacútec y Túpac Yupanqui la edad de la behetría, durante la cual estaba el territorio ocupado por tribus bárbaras que vivían en guerras continuas, acaudilladas por *sinchis* ó capitanes electivos y eventuales. Las informaciones de Vaca de Castro y la relación del oidor Santillán aceptan igualmente la behetría preincásica. El padre Cobo, historiador del siglo XVII pero merecedor de gran consideración, puesto que se aprovechó de los escritos de Ondegardo, menciona con Cieza y muchos otros las ruinas de Tiahuanaco y Huamanga, sin explicar su origen, y á continuación emplea casi los mismos términos que Cieza y Garcilaso: “Según cuentan los indios del Cuzco, eran antiguamente por extremo bárbaros y salvajes..... Vivían sin ca-

(1) P. José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, libro I Cap. 25; libro VI, Cap. 19.

(2) Román y Zamora, *Repúblicas del Mundo*, Cap. X del libro II de las Repúblicas de Indias.

beza, orden ni policía, derramados en pequeñas poblaciones y rancherías, con pocas más muestras de razón y entendimiento que unos brutos, á los cuales eran muy parecidos en sus costumbres fieras, pues los más comían carne humana y no pocos tomaban por mujeres á sus propias hijas y madres; y todos tenían gran cuenta con el demonio, á quien veneraban y servían con diligencia. Hacíanse continua guerra, unos pueblos á otros por causas muy livianas; cautivándose y matándose con extraordinaria crueldad. Las ocasiones más frecuentes de sus contiendas y riñas eran el quitarse unos á otros el agua y campo. Para defenderse de sus contrarios hacían los menos poderosos sus habitaciones y pueblos en lugares altos á manera de castillos y fortalezas, donde se guarecían cuando eran acometidos" (1). Juan Santa Cruz Pachacuti, representante de las tradiciones de la región de los Collaguas, cuenta que en la primera época, denominada *purunpacha* (literalmente *tiempo del desierto ó despoblado*), subieron de Potosí al Perú ejércitos ú hordas, las cuales poblaron la tierra; y que luego vino la época de confusión y guerras, y la consabida behetería.

Las anteriores citas comprueban la perfecta honradez con que procedió Garcilaso en este asunto de la historia preincásica. Dijo lo que supo, y supo lo que la inmensa mayoría de sus más entendidos contemporáneos. Es, pues, impertinente é injusto censurarlo con tan grande aspereza por haber incurrido en una omisión que ha compartido con tantos y tan escrupulosos cronistas.

Los indígenas habían perdido la memoria de los constructores de Tiahuanaco. A Cieza le confesaron "que no sabían quién hizo aquellas obras". (2) El padre Cobo nos transmite que ya lo ignoraban en el reinado de Yupanqui. De tiempos muy posteriores á los del apogeo de Tiahuanaco y aun correspondientes á los de los primeros incas, se retenían en el Collao los nombres de dos dinastías de curacas rivales: hablan Cieza, Garcilaso, Herrera y otros, de Zapana y Crai; y

(1) Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, libro XII, cap. I.

(2) Cieza, *Crónica del Perú*, cap. CV.

estos eran títulos ó apelativos hereditarios en el linaje de dichos príncipes collas. Cieza y Herrera les atribuyen la destrucción en la isla de Títicaca de ciertas gentes blancas y barbadas (1). Tales son las raras y confusas noticias que poseemos sobre la época primitiva en el Collao. Se habían extinguido, por consiguiente, en su mayor parte, hacia el siglo XVI, los recuerdos preincásicos de la región que incuestionablemente fué, como sus construcciones lo muestran, el más principal centro de civilización en la sierra. No sucedía igual cosa en la costa. Como aquí duró poco la dominación de los Incas, se mantuvo la tradición de las dominaciones anteriores; y son visibles sus huellas, no sólo en los vasos y tejidos que la arqueología desentierra, sino en las crónicas y relaciones de los españoles. Todas ellas refieren inmigraciones marítimas, como la muy conocida de los gigantes en Puerto Viejo y Santa Elena. Fernando de Santillán reconoce especialmente la extensión del señorío del Gran Chimú y de otros caciques costeros. Ya hemos dicho que el mismo, Garcilaso admite de manera implícita la adelantada organización de estos curacazgos de los *yungas*. En las informaciones de Vaca de Castro leemos que el Gran Chimú gobernaba desde Nanasca hasta Piura “aunque algunos afirman que llegó hasta Puerto Viejo. Fué señor universal de la costa, sin tocar en cosa alguna de la serranía; y le reconocían y servían con mucho amor y respeto, y le tributaban en toda la costa con lo que cada uno tenía en su tierra, como á señores naturales antiquísimos, mucho más que los *ingas*, con más de veinte vidas más.” Cabello Balboa relata el establecimiento en Lambayeque del jefe extranjero Naymlap, y nos ofrece los nombres de sus sucesores y hasta de sus principales compañeros y cortesanos (los cuales es de suponer que hayan sido personajes de un cantar épico) (2). Pero si en la costa se mantenía el recuerdo de la época de los cu-

(1) Cieza, cap. C.

(2) También pueden ser restos de cantares referentes á antiguas invasiones de la costa, las fábulas de Quitumbe, Tumbé, Huayanay y Atau que el padre Anello Oliva consigna en la introducción á su *Historia de los Jesuitas del Perú*. Pero el padre Oliva ha unido estas fábulas, por medio de un lazo desacertado y burdo, á las tradiciones del Collao y del Cuzco, con las que evidentemente no tienen ninguna relación.

racas independientes (como que apenas hacía cien años que había cesado) se había borrado, del mismo modo que en la sierra, el del remoto imperio megalítico.

El único historiador importante que sostuvo la existencia de este imperio, fué el licenciado Fernando Montesinos. Asegura Montesinos que Pirua Pacari Manco, denominado también *Ayar Uchu*, fué el padre de Manco Cápac y el fundador del reino peruano y del Cuzco, su capital; que el quinto de sus sucesores ganó las comarcas de la costa, Chachapoyas y Quito; que al cabo de muchos años ocurrieron varias irrupciones de tribus venidas del sur y que la nación de los Chimus arribó á Santa Elena, Trujillo y Pachacámac, se estableció en todo el litoral y ocupó en la sierra Cajamarca, Huáitara y Quinua; que después de haber gobernado sesenta y dos monarcas cuzqueños, en constante lucha con los costeños ó *yungas* y con los bárbaros de Tucumán y Chile, el imperio sucumbió por la acometida de nuevas hordas feroces: el rey Titu Yupanqui fué derrotado y muerto en Pucara, la anarquía se extendió en el país, el Perú se fragmentó en pequeños estados, cada provincia eligió caudillos particulares, el Cuzco fué deshabitado, la dinastía legítima se refugió en el pueblo de Tamputocco ó Pacaritampu, las costumbres se corrompieron, la religión se alteró, y se perdieron los jeroglíficos, conocidos desde los primeros tiempos. El rey Túpac Cauri, á semejanza del Chin-huang-tí de la China, ordenó de la destrucción de las *quilcas* ó pergaminos y de las hojas de árboles en que escribían, y prohibió, so pena de vida, el uso de las letras, que fueron reemplazadas con los quipos. Continuó el desorden hasta que el joven Roca auxiliado por su madre Mama Cibaco (ó Cihuaco), dió principio á la nueva dinastía de los Incas y comenzó á reconstituir trabajosamente el imperio del Cuzco.

Estos son los rasgos esenciales del relato de Montesinos. El doctor López, ya tantas veces nombrado, lo opuso con tono victorioso á los de los otros cronistas, y al de Garcilaso en especial; y asentó sobre él buena parte de su célebre sistema. Lo último dista mucho por cierto de ser una recomendación para Montesinos. Don Vicente Fidel López, autor de la extraña doctrina del origen ario de los peruanos (hoy abandonada por todos y refutada sin réplica), que de-

fendió con los argumentos más peregrinos é insólitos, dignos algunos de perdurable recordación en calidad de jocosos ejemplos de ofuscamiento inverosímil (v. gr.: la etimología de la voz *hatunruna* y la disertación sobre el supuesto culto de la diosa Ati); hombre de sobrada fantasía y de poquísimas circunspección científica; cuyos procedimientos favoritos eran las analogías y las caprichosas conjeturas, tuvo que sentirse halagado y satisfecho al hallar en Montesinos palabras que podían parecer directas pruebas de su tesis (como la procedencia armenia de Pirua Pacari Manco, y los primeros pobladores) (1); noticias sospechosas en verdad, pero que se prestaban para servir de apoyo á sus pretensiones de renovador de la historia peruana; y por fin, una personalidad de escritor que por el criterio y el carácter se avenía maravillosamente con sus aficiones y tendencias. Lo mismo cabe decir del viajero francés Wiener, que ha seguido á López y que es su merecido émulo en imaginación y ligereza.

Interpretando, y en ocasiones con mucha sutileza y penetración, los sobrenombres de los soberanos de Montesinos, llega Fidel López á suponer que en el Perú preincásico hubo dos castas rivales, la de los sacerdotes ó *amautas*, y la de los guerreros ó *piruas*, que por largo tiempo se disputaron el mando. Como esta suposición no carece de corroboraciones, más ó menos oscuras pero reales, en ciertos cronistas (véase Cabello Balboa sobre el influjo de los sacerdotes en el reinado de Mayta Cápac, *quien los favorece, al revés de sus pasados*; y Cobo sobre el linaje de Tarpuntay), es probable que sea uno de los aciertos, no raros por lo demás, de López. El cual, á despecho de su sistema y de su lastimosa manera de investigar, tiene con frecuencia observaciones muy utilizables y aún verdaderas intuiciones. El cuadro que presenta de la historia peruana está inspirado evidentemente en la deliberada intención de reconstruirla por analogía con la de los pueblos egipcio, caldeo, asirio, indio y chino; se compadece con el ordinario curso de las primiti-

(1) No obstante, Montesinos confiesa que lo de la oriundez armenia de los peruanos, es teoría de su propia cosecha, exigida por la fe cristiana y el respeto debido á las Sagradas Escrituras; y que los peruanos se creían autóctonos.

vas civilizaciones; y sería aceptable si descansara en menos frágiles cimientos.

Ciertamente, en pro de Montesinos militan razones de mayor peso que las señaladas por el doctor López. En primer lugar, ya hemos visto que la arqueología ha confirmado la narración de Montesinos en lo que se refiere á un gran imperio preincásico y al uso en un tiempo de la escritura jeroglífica. Esto le dá valor excepcional: lo exime de la tacha de falsario, que por tantos años se le aplicó, y revela que conoció un hecho importantísimo y hasta ahora tan oculto. En segundo lugar, ha resultado que dos autores, hace poco ignorados, concuerdan con él en la serie de reyes preincásicos. Son el de la relación publicada en 1879 por Jiménez de la Espada, y el del vocabulario citado por el padre Oliva (que, según ya he demostrado, no es del padre Blas Valera, pero que no por ello deja de ser un notable testimonio). En virtud de las anteriores razones, la situación de Montesinos, antes débil y desdeñable por aislada, ha parecido robustecida extraordinariamente; y muchos creen que se ha abierto para el maltratado analista una éra de completa rehabilitación. En el sentir de algunos sabios, Montesinos está destinado á ser para la primitiva historia del Perú lo que Manetón para la de Egipto; y sería preciso continuar y desarrollar las indicaciones de López, aunque rechazando naturalmente las que tengan relación con la desdichada hipótesis de las derivaciones arias, y expurgándolas de temerarias é inconsistentes conjeturas. Así, Montesinos, corregido y rectificado por la crítica, quedaría convertido en la piedra angular de la más antigua historia peruana.

Me parece que hay mucho que rebajar de estas afirmaciones; y que tan injusto es el absoluto desprecio de otros días, como el excesivo é hiperbólico aprecio que ahora quiere abrirse camino. La ciencia arqueológica ha probado que en la sierra una gran dominación antecedió á los incas; pero no ha probado de ningún modo que el centro de esa dominación fuera el Cuzco, y tal es precisamente la tesis de Montesinos. Todo hace presumir que el Cuzco antes del establecimiento de Manco Cápac haya sido una población de secundaria importancia, y que la capital religiosa del imperio primitivo haya sido Tiahuanaco, y la política y guerrera Hatun-

colla ó Paucarcolla. Montesinos ha sabido la existencia de aquel imperio, y no se le puede negar tan alta gloria; pero lo ha confundido y entreverado con el de los incas, y ha hecho así un caos, un conjunto enigmático de tradiciones de la época megalítica interpoladas con tradiciones incásicas, un libro difícilísimo de interpretar y utilizar, porque al lado de datos de la más venerable antigüedad, contiene adulteraciones que pueden llevar á los mayores extravíos. Aunque tales adulteraciones no deben achacarse, á lo menos en su totalidad, á Montesinos, sino á los recuerdos indígenas y al escritor ó escritores de quienes las copió. En mi opinión, es en esta parte de sus *Memorias historiales* un mero copista de anteriores trabajos. Por eso tampoco hay por qué deslumbrarse con la concordancia que existe entre su serie cronológica de reyes preincásicos y la de los nombrados por el jesuíta de la *relación anónima* y el del *vocabulario* que cita el padre Oliva. Es seguro que los tres han bebido en la misma fuente de informaciones. Como dice Feijóo: "En las más relaciones históricas, cien autores no son más que uno solo; esto es, los noventa y nueve no son más que ecos que repiten la voz de uno que fué el primero que estampó la noticia." ¿Quién fué en ésta el primero? No podemos adivinarlo, pero indudablemente no ha sido Montesinos. Venido á América en el siglo XVII, después de 1628, se ha encontrado ya con el *vocabulario* antedicho, que puesto que se atribuyó á Valera, no es muy posterior al siglo XVI; y con la *relación anónima*, que, según los fundados cálculos de Jiménez de la Espada, proviene de los comienzos de la centuria decimaséptima. Repárese, por otra parte, en que ambas obras, el *vocabulario* y la *relación*, proceden de la misma congregación: de la orden jesuítica. Los jesuítas desde su establecimiento en el Perú se entregaron con ardor al estudio de las antigüedades; y algunos de ellos, recogiendo tradiciones y cantares, y quizá también manuscritos de investigadores españoles que los habían precedido, lograron rastrear el vaguísimo recuerdo que unos pocos indios conservaban del imperio anteincásico. Imposible es determinar cómo y por qué medios pudieron sorprender el secreto que se resistió á los historiógrafos más diligentes y más vecinos á la Conquista. Debieron de transmitírselo herederos de los re-

cuerdos de colegios sacerdotales, ó tal vez descendientes de familias en que no se había olvidado por completo la escritura jeroglífica. El jesuíta que escribió la *relación anónima* la apoya en numerosas informaciones de conquistadores, indios nobles y quipocamayos, cuyos nombres declara á veces; y aunque la veracidad de esta relación es en extremo dudosa, bien puede ser que los documentos á que se refiere hayan existido, y que encerraran indicaciones más ó menos alteradas sobre el imperio megalítico. Lo único que queda en claro es que los jesuítas poseyeron uno ó varios escritos que ofrecían de los sucesos y reyes del Perú un relato muy semejante al de Montesinos. Ese relato tenía de seguro un fondo verdadero; pero viciado por la confusión de las tradiciones, propia de pueblos bárbaros; por la irrupción de hechos y recuerdos más recientes, como los incásicos; por la duplicación de los mismos acontecimientos, tan frecuente en los tiempos primitivos, á consecuencia de la corrupción de las versiones; y, en fin, por la consciente ó inconsciente falsedad de los mismos compiladores españoles, que se apresuraron á alinear en riguroso orden cronológico y genealógico las raras anécdotas y los oscuros mitos de que alcanzaron conocimiento. No hay duda que Montesinos, que fué muy amigo y protegido de los jesuítas, encontró su cuadro de dinastías preincásicas entre los papeles de la Compañía, y se apresuró á transcribirlo (1). Sería hipótesis improbable en sumo grado suponer que, habiendo sido, como lo fué, asiduo concurrente á la biblioteca de los jesuítas de Lima y muy prolijo investigador, no hubiera tropezado con aquellos trabajos; y que por mera coincidencia hubiera obtenido identidad perfecta en los nombres y aproximación tan grande

(1) No pudo ser, sin embargo, su fuente inmediata el vocabulario que el padre Oliva consultó; porque en éste el orden de los reyes peruanos difiere del seguido por Montesinos. Cápac Raymi Amauta es en dicho vocabulario trigésimo nono rey del Perú y Cuyus Manco (ó Cayo Manco) el sexagésimo cuarto; y en Montesinos figuran los mismos respectivamente como el trigésimo séptimo y el vigésimo tercero ó el décimo octavo (en Montesinos hay dos Cayo Manco Amauta.) El rey Cápac Yupanqui Amauta ocupa, tanto en el vocabulario como en Montesinos, el lugar cuadragésimo tercero. Pero hay que advertir que Montesinos erró varias veces en la cuenta de sus monarcas y les dió número distinto del que les corresponde según el orden en que él mismo los presenta.

en la serie de sucesión de aquellos soberanos. Además, por propia confesión de Montesinos, sabemos que los seculares cómputos de historia peruana, la cronología del primer imperio del Cuzco y la noticia de su fundador Pirua Manco; es decir, todo lo que constituye el eje del sistema de las *Memorias históricas*, lo sacó de un libro manuscrito que había comprado en almoneda en la ciudad de Lima y cuyo autor á punto fijo ignoraba, aunque le dijeron que lo compuso un quiteño con ayuda de las indagaciones del obispo fray Luís López (1). Las narraciones consignadas en este manuscrito pudieron ser perfectamente el origen de los trabajos de los jesuitas, que arriba he mencionado. Y es el caso que la veracidad del manuscrito, á juzgar por lo que de él conocemos á través de Montesinos, se presta á las más vehementes sospechas. Como hemos visto, no se sabe quién fué su autor ni de dónde provienen sus datos. Montesinos refiere que de allí tomó la identificación de Ayar Uchu con el Pirua Manco. Ahora bien, aquella indentificación es un grosero error, según lo hemos de probar adelante; y el título de Pirua á todas luces parece una invención fraudulenta destinada á explicar la etimología del nombre *Perú*, cuya arbitraria imposición por parte de los conquistadores y cuyo completo desconocimiento por parte de los naturales atestiguan las más seguras autoridades. En vista de esto, ¿quién nos garantiza que el manuscrito inspirador de Montesinos no sea obra de un insigne embustero? El autor de dicho manuscrito (ó el de otro precedente, del cual á su vez ha podido derivarse el que guió á Montesinos) descubrió probablemente algún vestigio de tradiciones sobre el imperio preincásico, entreveradas de manera inextricable con tradiciones relativas á los Incas. Entusiasmado con este descubrimiento; deseoso de fraguar una historia que por su antigüedad respondiera á la riqueza y esplendor del territorio y los monumentos del Perú; ayezado á la inescrupulosidad propia de aquellos tiempos, que eran los de Román de la Higuera y los de la boga de los Cronicones y de Anio de Viterbo; y toman-

(1) Montesinos, *Memorias antiguas históricas y políticas del Perú*, libro I, cap. IV.

do tal vez por modelo las genealogías y dinastías de la Biblia, debió de arreglar á su antojo y sobre ligerísimos fundamentos la sucesión de monarcas que en las *Memoriales históricas* leemos. Antes que Montesinos, hubieron de adoptar la los jesuítas anónimos. Así se explicaría su concordancia. Esta concordancia y el hecho de que los apuntes de los jesuítas sean seguramente anteriores á las *Memorias históricas*, libran á Montesinos del estigma de mentiroso (por lo menos en las líneas generales de su relación) é impiden considerar como vulgar recurso de forjador de leyendas lo que nos dice del libro que poseyó. No es, pues, el licenciado Fernando Montesinos un deliberado inventor de patrañas; pero no es tampoco el portentoso revelador de una vasta región histórica, que algunos imaginan. Es un compilador de tradiciones preincásicas amontonadas por otros cronistas, hoy desconocidos, en las cuales una partícula de verdad se ahoga y pierde bajo inmenso cúmulo de alteraciones y falsificaciones.

Y no se diga que la conformidad entre Montesinos y los autores que admitían dinastías cuzqueñas anteincásicas, puede provenir de haber acudido todos ellos á una fuente común: á las tradiciones de los *amautas* y á los cantares indígenas de que Montesinos hace mención repetidas veces (1). Ya vimos que el mismo Montesinos declara que sus más importantes noticias las obtuvo de un libro manuscrito. Pero fuera de esto, basta alguna reflexión para convencernos de que el conocimiento directo que consiguió Montesinos de las tradiciones y poesías narrativas de los indígenas, no fué tanto, como él quiere darlo á entender. Los cronistas antiguos, desde Cieza y Betanzos hasta Garcilaso, no han sabido nada de los complicados cálculos cronológicos en que, según Montesinos, se ocupaban los *amautas*. En las informaciones hechas por el virrey Toledo, del año 1570 al 1572, los declarantes son incas, caciques, quipocamayos y otros servidores reales; pero no figura ningún *amauta*. Parece, pues, que esta corporación desapareció pronto y que no tuvo la gran importancia que Montesinos le atribuye. En todo caso es inadmisibile que, ignorada para todos en el primer siglo

(1) Por ejemplo, en los capítulos I, III, V y VIII del libro II.

de la Conquista, haya reservado sigilosamente sus enseñanzas hasta la tardía época de las investigaciones del presbítero osonense. No hay duda que la historia del Tahuantinsuyu (como la de todos los pueblos bárbaros y muy principalmente de los pueblos que carecen de escritura) constaba en cantares oficiales y rituales. De ellos dan testimonio Cieza de León, Fernando de Santillán, Pedro Gutiérrez de Santa Clara y otros. Pero por el desconcierto que produjo la Conquista, estos cantares en tiempo de Montesinos debían de haberse adulterado grandemente y aún extinguido del todo. No se olvide que Montesinos acopió sus datos á mediados del siglo XVII; y nó en el siglo XVI como con incomparable audacia lo aseguró el doctor Fidel López, que trabucaba y confundía cuanto trataba. Si es verdad indiscutida que los indígenas al cabo de cien años perdieron casi todos los recuerdos del pasado incásico; si por tal circunstancia Garcilaso, aunque nacido en 1539, es para ciertos críticos autoridad muy tardía acerca de los hechos de los soberanos indios; ¿cómo no hemos de desconfiar cuando se nos dice que el licenciado Montesinos pudo de 1630 á 1640 reunir tradiciones que se remontaban, nó á la dinastía de los Incas, sino á dos mil ó tres mil años atrás?

De lo expuesto, se deduce: 1º, que Montesinos extrajo su relato sobre las edades preincásicas, de trabajos manuscritos anónimos, los cuales ya habían inspirado á varios jesuitas; 2º, que en esos trabajos hay una parte verdadera y comprobada por la ciencia, moderna, pero es parte mínima, y está cubierta y entremezclada con toda especie de falsedades, exageraciones é interpolaciones, debidas algunas á los mismos indígenas y muchas al primer compilador español, que parece, según todas las probabilidades, haber sido un gran falsario; y 3º, que Montesinos, puesto que recorrió el Perú cien años después de la Conquista, no ha podido recoger de boca de los naturales sino muy corrompidas tradiciones y muy degeneradas y escasas muestras de cantares históricos.

Tan completa es la falta de crítica en Montesinos, que el mismo Fidel López, su ciego panegirista, la reconoce y confiesa. El cronista que ha ocupado la primera parte de su

obra en probar que el Perú es el Ofir de David y Salomón, reservado por Dios á los reyes de España; que ha pretendido demostrar esta tesis con pueriles alegaciones de palabras de profetas hebreos disparatamente interpretadas; que ha aceptado una cronología tan absurda en los desmesurados reinados de sus monarcas, casi todos prodigiosamente longevos; que con gran seriedad conviene en fijar el principio de la historia peruana seiscientos años después del Diluvio (1); y que sospecha que el patriarca Noé estuvo en el Perú, no tiene por cierto derecho para reclamar confianza alguna.

En las primeras páginas del libro II de las *Memorias* se lee: "Los habitantes, de que ya había copioso número, comenzaron á tener discordias entre sí sobre las aguas y pastos. Para la defensa elegían caudillos los *ayllos* y familias, conforme las ocasiones de guerra y paz que se les ofrecía; y con el tiempo, algunos hombres que con fuerza y maña se aventajaban á los demás, comenzaron á enseñorearse; y así, poco á poco, fueron prevaleciendo unos más que otros." Reconocemos aquí, por las frases y palabras, la misma tradición de la primitiva behetría, que traen todos los cronistas y que colocan antes de Manco Cápac. Era seguramente un canto ó una narración con que los indios del Cuzco expresaban la barbarie, el desorden y fraccionamiento en que se encontraba todo el país, ó á lo menos el territorio comprendido entre el lago Titicaca y los ríos Apurímac y Urubamba, en el período que vá desde la ruína del imperio de Tiahuanaco hasta el establecimiento de la dominación de los Incas. Montesinos aprovecha este relato; pero en lugar de ponerlo, como todos los demás historiadores, antes de la época incásica, lo hace retroceder miles de años y lo sitúa al principio de un fabuloso pasado.

Igual cosa sucede con la leyenda de los cuatro hermanos Ayar. Esta leyenda aparece también en todos los cronistas. Refieren con ligeras variantes Betanzos, Cieza, Cabello Balboa, Garcilaso y todos los restantes historiadores de los Incas, que de la cueva de Pacarectampu ó Tamputoco salie-

(1) *Memorias históricas*, libro II cap. I.

ron cuatro hermanos llamados Ayar Cachi, Ayar Uchu, Ayar Auca y Ayar Manco, acompañados de cuatro mujeres que eran á la vez sus esposas y hermanas. Las cuatro parejas se dirigieron hacia el Cuzco. Llegados á las cercanías de la ciudad, suscitáronse entre ellos rivalidades: uno fué encerrado en una caverna, dos convertidos en piedras de la sagrada montaña de Huanacauri; y quedó solo Ayar Manco, que, libre ya de sus hermanos, se estableció en el Cuzco y dió principio al imperio. Algunos de los cronistas reducen los Ayar á tres; y no faltan quienes cuenten que uno de ellos huyó á lejanas comarcas para no sufrir la tiranía de Manco y que Ayar Uchu se sometió á su afortunado hermano y lo ayudó á arrojar del Cuzco á ciertas tribus que allí residían. Muy clara es la interpretación de esta fábula, y en parte ha acertado en ella Fidel López (1). Se trata evidentemente de cuatro tribus hermanas (esto es, del mismo origen y del mismo idioma), que vinieron de Pacaritambo ó que por lo menos en Pacaritambo se fijaron un tiempo, antes de proseguir hacia el norte su emigración. En el valle del Cuzco las cuatro tribus lucharon entre sí; y la llamada de Manco (por el nombre de su jefe ó de su numen tutelar) venció á las otras y las alejó, ó las sometió y las colocó en la ciudad y sus alrededores en condición de subordinadas. Hay una indudable comprobación de lo dicho en la información hecha por mandado del virrey Toledo en el Cuzco el 4 de Enero de 1572 (2). Declararon los indios de los *ayllos* de Sahuasiray, Antasáyac y *Ayar Uchu*, comarcanos del Cuzco, que sabían por tradición que sus antepasados habían venido sucesivamente bajo el mando de tres capitanes respectivos, Sahuasiray, Quizco y Ayar Uchu, y habían ocupado el Cuzco, que ya estaba poblado por el lado del noroeste con algunas chozas de los indios *Huallas*; y que después había llegado la tribu dirigida por Manco Cápac, la cual empezó á hostilizar á las anteriores y mantuvo con ellas cruda guerra hasta que las dominó definitivamente en la época del

(1) Véase el último apéndice de *Les races aryennes du Pérou*.

(2) Está publicada por Jiménez de la Espada á continuación del *Segundo libro de las Memorias* de Montesinos, en el volumen décimosexto de la *Colección de libros españoles raros ó curiosos*. (Madrid, 1882).

cuarto inco Mayta Cápac. Es probable que los nombres de Sahuaysiray y Antasáyac con que en las informaciones figuran las dos primeras tribus, hayan sido impuestos por los reyes incas, y que los nombres originarios de aquellas hayan sido los de *Ayar Cachi* y *Ayar Auca ó Sauca*, que les dá la leyenda; puesto que el ayllu de Ayar Uchu, único que en tiempo de Toledo demostró recordar el legendario título de su antiguo capitán, fué denominado por el monarca Pachacútec *ayllu de los Allcahuizas*, según vemos en las informaciones, y con tal denominación lo mencionan muchos cronistas españoles, sin sospechar que fuera el mismo grupo que acaudilló el fabuloso personaje cuya metamorfosis relatan. Si los Allcahuizas no hubieran declarado por felicidad en las informaciones el antiguo nombre de su ayllu y de su primer caudillo, nos habríamos vistos reducidos, como Fidel López, á conjeturas y sospechas más ó menos atinadas sobre el mito de los cuatro hermanos, y habríamos carecido de la cabal y perfecta prueba de su significado histórico, que ahora poseemos. Tanto en las informaciones como en los relatos de los cronistas, la leyenda de los cuatro Ayar antecede inmediatamente á la dinastía incásica; y uno de ellos, Ayar Manco, es el primer inca. Y así tiene que ser; porque de otro modo, si supusiéramos contra todos los datos muy anterior á los Incas el acontecimiento histórico que dió origen á la fábula, habría que considerarlo remotísimo, cuando menos del siglo X de nuestra éra (puesto que el imperio de los Incas duró de tres á seis siglos), y entonces no se comprende cómo han podido conservarse por más de seiscientos ú ochocientos años con tanta claridad el recuerdo de la emigración y la descendencia de cuatro pequeñas tribus.

Pues bien; Montesinos coloca á los Ayar antes del imperio primitivo, antes de los reyes *piruas* y *amautas*, como á mil doscientos años de distancia del primer Inca (1), y dice

(1) Para Montesinos el primer inca fué el octogésimo noveno ó nonagésimo primero rey del Perú (hay contradicción en la cuenta de Montesinos); pero en los escritos que hablaban de dinastías preincásicas del Cuzco, de los cuales Montesinos se aprovechó (véase atrás), debió de haber vacilaciones para dar ó nó á los primeros soberanos el título de *Incas*, porque en la *Relación anónima* que hemos citado, se llama *Inca* á Pirua Pacari Manco.

que el hermano patricida y vencedor, dueño del Cuzco y tronco del imperio, fué Ayar Uchu, el cual después de su victoria tomó el nombre de Pirua Pacari Manco. Se vé cuán corrompidas y cuán contrarias á la verdad histórica eran las versiones de Montesinos. Son las mismas tradiciones incásicas, que conocemos por los otros cronistas; pero en deplorable estado de alteración, en confusión extrema, y proyectadas en una época imaginaria. El atento examen del texto de las *Memorias históricas* confirma plenamente esta aseveración. Así como Ayar Uchu se ha amalgamado con Manco, éste, por un fenómeno que se realiza en todos los ciclos de tradiciones primitivas, se ha desdoblado en dos personas, padre é hijo, Pirua Pacari Manco y Manco Cápac. Un cerro cercano al Cuzco se ha trocado en el tercer monarca, Huanacauri Pirua. Luego viene Sinchi Cozque, que parece el Sinchi Roca de los otros analistas incásicos. Y de esta manera los que Montesinos presenta como antiquísimos reyes del primer imperio peruano, resultan los mismos Incas, algo desfigurados en sus nombres y hechos, pero no tanto que se haga muy difícil reconocerlos. La leyenda del hijo de Huanacauri, que robado cuando niño por los enemigos, está á punto de ser sacrificado y llora sangre, no es sino la sabida leyenda del inca Yáhuar Huácac, quizá inventada con mucha posterioridad para explicar su enfermedad ó su sobrenombre (1). El propio Montesinos repite lo del llanto de sangre, y dá de él una versión más natural cuando trata otra vez de Yáhuar Huácac en la historia de los Incas (2). El rey Inti Cápac, que vence junto al Cuzco á los hermanos Huan Huaraca y Hastu Huaraca, es evidentemente el Viracocha de Garcilaso y el Yupanqui Pachacútec de Cieza y Betanzos. Puede darse una explicación de este desdoblamiento de la historia incásica: el autor cuyas huellas siguió Montesinos, ha debido de recoger en diversos lugares del Perú tradiciones que se referían á los mismos hechos, pero que, por la corrupción y degeneración á que habían llegado, como efecto de la trasmisión oral, parecían relatar distintos suce-

(1) Montesinos, *Memorias históricas*, libro II, cap. IV.

(2) Idem, libro II, cap. XXII,

sos; se ha engañado ó ha querido engañarse; ha ordenado en hilera las diferentes versiones, unas á continuación de otras; y ha multiplicado de este modo las tradiciones del antiguo Perú. En apoyo de mi explicación, sería fácil descomponer la lista de reyes de Montesinos en varias series particulares que reproducen visiblemente de trecho en trecho la sucesión de los Incas, más ó menos viciada y reducida. Esas series principian á veces con un Manco Cápac y concluyen con un Huayna Túpac ó un Huáscar (1). Entre ellas se intercalan grupos de reyes que no pueden reducirse á la sucesión de los Incas y que llevan comunmente nombres usados por los orejones cuzqueños: son sin duda invenciones de mala fe palmaria con que alguno de los compiladores ha querido llenar los huecos y vacíos de la primera lista. Muy clara aparece también en las *Memorias historiales* la duplicación del relato de la ruína del primer imperio, y la huída y retiro de los monarcas y la pestilencia general (véase en el libro II de dichas *Memorias* los capítulos VIII y XIV). En resolución, dejo á salvo por entero la buena fe de Montesinos, quien, según he dicho, debió de copiar con gran docilidad lo que otros escribieron; pero tanto él como los que lo siguen, cuando toman por historia preincásica lo que en máxima parte es una suma de alteradas tradiciones de los Incas, me parecen semejantes á los que en una pared cubierta de espejos creyeran ver una real prolongación del espacio é imaginaran tangibles las líneas y figuras reflejadas.

Cabe todavía dirigir contra Montesinos un gran número de objeciones secundarias. Cinco de sus soberanos (Manco Auqui Túpac Pachacuti, Auqui Titu Atauchi, Cayo Manco Auqui, Huqui Nina Auqui y Huispa Titu Auqui) llevan el título de *auquis*; y *auqui* no ha podido ser sobrenombre llevado por soberanos reinantes, puesto que significa *príncipe* ó—digámoslo al uso de España—*infante* en oposición á *Cápac Inca* (rey ó emperador). Aun otra dificultad

(1) Las alteraciones de nombres se explican si recordamos que *Túpac*, *Cápac Yupanqui* y *Titu* (que respectivamente significan *resplandeciente señor ó rico*, *memorable* y *magánimo*) eran títulos comunes á todos los reyes incas.

se desprende de los nombres de aquellos reyes preincásicos. Desde el primero, Pirua Pacari Manco, hasta el último, Mayta Cápac Pachacuti, y con muy pocas excepciones en todo el curso de una serie que comprende varios milenios, esos reyes presentan los mismos nombres que usaron los más recientes reyes incas y los orejones cuzqueños contemporáneos de la Conquista. Tal circunstancia supone la permanencia del idioma; ¿y cómo admitir tan sorprendente inalterabilidad en el idioma de una región que, según el mismo Montesinos, fué trastornada por repetidas y terribles invasiones, y cuya civilización padeció la catástrofe espantosa, sin precedente en la historia, de olvidar la escritura y retroceder desde los jeroglíficos hasta el primitivo procedimiento mnemotécnico de los quipos? ¿Acaso después de las convulsiones de la Edad Media los reyes de España continuaron llamándose Ataulfos y Sisebutos, ó los de Italia Teodoricos y Totilas? Y no se responda que los nombres de los primeros soberanos del Perú han debido de ser distintos de los que ofrece Montesinos, pero que tal vez se tradujeron en los últimos tiempos á la lengua quechua, conservando la equivalencia de los antiguos apelativos; porque Montesinos al dar la etimología de las palabras *Cuzco é Illaticci Viracocha* admite de manera implícita que el mismo idioma se habló en el imperio, ó á lo menos en su capital, desde el Pirua Manco, poco posterior al diluvio bíblico, hasta el inca Huayna Cápac, padre de Atahualpa. Noticias como ésta dejan muy mal parado el crédito de las *Memorias históricas*.

No agregaré á las anteriores objeciones una que de ordinario se aduce contra Montesinos, porque la creo mucho menos contundente. Se dice que es inaceptable su relación del imperio preincásico, porque habiéndose perdido las letras, no subsistió de él memoria duradera. Pero no es cierto que los jeroglíficos se olvidaran del todo. Cuando la conquista española, la escritura jeroglífica, si bien desusada por la generalidad de los peruanos, se empleaba todavía por algunos, aunque en muy raras ocasiones. Huayna Cápac, según Cabello Balboa, escribió su testamento por medio de rayas de colores; y Juan Santa Cruz Pachacuti refie-

re que el fabulos predicador Tonapa entregó al cacique de Tampu ó Pacaritampu una tabla en donde con ciertas rayas estaban escritos preceptos de moral. Por consiguiente, en el fondo de un antiguo santuario, como el de Tiahuanaco ó el de Cacha, se han podido conservar inscripciones ó quizá pinturas jeroglíficas relativas al imperio preincásico; y tal ha debido de ser el origen de la tradición que, conocida probablemente por un español en los primeros años de la Conquista, se convirtió en el núcleo de verdad que contuvieron aquellos trabajos de los jesuitas á que tantas veces me he referido, y el manuscrito que adquirió Montesinos.

Pero con todo esto queda en definitiva que Montesinos no es sino en muy pequeña parte historiador fehaciente; que es inadmisibile su larga serie de noventa reyes preincásicos; y que sus *Memorias históricas* constituyen una maraña de tradiciones, apócrifas las unas, corrompidas las otras, todas ellas harajadas y embrolladas en laberíntica confusión. Lo único seguro es lo que ha comprobado la arqueología, á saber: la efectiva existencia de un imperio peruano anterior á los Incas. En tales condiciones se comprende que en vez de revisar los asertos de Montesinos (exponiéndonos á tropezar á cada paso), es más útil y práctico acudir directamente á la ciencia arqueológica, que han hecho hoy inútil, ó poco menos, lo que puede haber de cierto en los fabulosos textos del cronista andaluz.

Prescindamos de la tan debatida y obscura y quizá insoluble cuestión del origen de los primeros habitantes. Puesto que en el Perú no se ha encontrado al hombre fósil, parece que los pobladores han venido de fuera. Ora hayan sido éstos autóctonos de América, como quieren algunos poligenistas, ora hayan emigrado del Antiguo Continente en lejanísimas épocas, como quieren los monogenistas y aun muchos poligenistas moderados, lo efectivo es que de muy antiguo hubo de estar poblado el Perú por diversas tribus, algunas de las cuales lograron desde remotos tiempos ascender á un grado relativo de civilización. Pero la naturaleza del territorio, que no presenta grandes llanuras, sino al contrario estrechos valles separados por altas montañas y vastos despoblados, tuvo que impedir durante largo tiempo el

establecimiento de una poderosa unidad social, y mantener un sistema de civilizaciones de radio reducido, y por lo mismo de escaso desarrollo. Ni siquiera debió de merecer la mayoría de ellas el nombre de *civilizaciones*. Eran seguramente agrupaciones de tribus bárbaras, dedicadas en la sierra á la agricultura y al pastoreo y en la costa á la agricultura y á la pesca.

En el litoral fué donde principió á aparecer la cultura verdadera. Los vestigios de la más antigua civilización peruana se han hallado en los valles de la costa, desde Nazca hasta Trujillo. El clima cálido ó templado de esos valles, favorable á la precocidad de la organización social, y la proximidad y quietud del Océano, que facilita las comunicaciones por medio de la navegación costanera, permitieron que se asentara y progresara, tal vez mucho antes de la era cristiana, una raza que supo trabajar y colocar artefactos de barro con rara maestría (1). Como esta raza se extendió en el territorio situado á lo largo del Pacífico, como se presenta de golpe en notable estado de adelanto y como sus artefactos muestran mayor perfección técnica que los de períodos posteriores, es muy verosímil suponer que haya venido por mar de otro país y que haya traído ya formada su civilización.

Pero, en todo caso, no era la primera que ocupaba las playas peruanas. El doctor Uhle ha descubierto, desde la caleta de Chorrillos á la de Pativilca, vestigios de “una raza de estatura alta, de pescadores antropófagos, cuyas producciones resisten á toda tentativa de comparación con las de los pobladores civilizados.....y que se parecen á las tribus pescadoras antiguas de Chile y á las que todavía existen en la Tierra del Fuego” (2). ¿Fueron aquellos salvajes antropófagos los que precedieron á la época que llamaremos *de Nazca* (por el lugar donde se encontraron sus primeros restos), ó fueron invasores que perturbaron é interrumpieron el curso de la primitiva civilización? Menester será esperar á

(1) En el Museo Histórico Nacional pueden verse los vasos de barro descubiertos en Nazca por el doctor Uhle, pertenecientes á esta primera época.

(2) Discurso del doctor Uhle en el Instituto Histórico el 29 de Julio de 1906.

que la ciencia nos lo diga; pero puede que sean verdaderas juntamente las dos hipótesis. Los salvajes habitantes de la costa del Pacífico han debido de ser arrojados hacia el sur por los civilizados inmigrantes; pero, no resignados á perder su antigua patria, han debido de intentar á menudo la reconquista, con devastaciones periódicas, análogas á las de los normandos de la Edad Media. Repárese en que hay tradición, relatada por todos los cronistas, de la venida de gigantes crueles y viciosos, cuyos crímenes y atrocidades dejaron honda huella en la imaginación popular. Ciertamente que la fábula de los gigantes se encuentra en todos los países del mundo y que no es sino la explicación que los pueblos bárbaros dan del origen de los huesos de animales antediluvianos. Mucho de esto ha entrado indudablemente en la tradición peruana, como se vé por las pruebas que de ella presentan Cieza de León y Cobo: es claro que aquellos descomunales miembros de que hablan los citados autores hubieron de ser de paquidermos fósiles. Sin embargo, es casi seguro que en esa tradición hay un elemento de verdad histórica. Cieza dice que los gigantes “vieron por la mar en unas balsas de juncos, á manera de grandes barcas” y que “unos andaban desnudos y otros cubiertos con pieles de animales”; y Gutiérrez de Santa Cruz dice “que vinieron de la parte donde se pone el sol y de hacia las islas Malucas ó *del estrecho de Magallanes*; y que entrando por la tierra la comenzaron á tiranizar, matando muchos indios y á otros echándolos fuera de sus pueblos..... Dieron cuenta estos gigantes á los naturales desta tierra de cómo habían salido de *unas islas y tierras muy grandes que están en la mar austral*; y que fueron echados dellas por un gran señor indio que allí había, que eran tamaños y tan grandes de cuerpo como ellos..... Y demás desto que habían navegado por la mar muchos días á remo y vela, y que cierta borrasca y tormenta los había echado en aquellas partes, sin saber donde iban, sino que fortuna los llevase á do quisiese.” (1)

(1) Gutiérrez de Santa Clara, *Historia de las guerras civiles del Perú*, libro tercero de los Quincuagenarios, cap. LXVI (Madrid, imprenta de Idamor Moreno, 1905; tomo tercero, págs. 567, 568 y siguientes.)—Véase lo que sobre los Patagones dice el Comandante Byron en su *Viaje al rededor del Mundo* (Edición de Madrid, 1769, págs. 64, 65 y siguientes.)

Adviértase la coincidencia entre la talla gigantesca que la fábula prestaba á estos hombres y la *estatura alta* de los cuerpos descubiertos por Uhle, la cual contrasta con la de los indios de la costa. Por el mismo contraste y por el horror que los hechos de tales hombres inspiraban, tuvo que parecer á los naturales espantable y prodigiosa.

Gutiérrez de Santa Clara afirma que vivían de la pesca y de la caza, y que construían cabañas de paja; todas señas que convienen á las tribus del sur del Pacífico. Lo de los pozos labrados en roca viva, que tanto Gutiérrez como los otros cronistas reconocen por obras de los dichos gigantes, debe de ser pura fábula; pero su destrucción por fuego del cielo en castigo de la sodomía á que se entregaban, es quizá un vago recuerdo legendario del exterminio que en venganza de sus crueldades hicieron los indios de ellos.

Si bien se vé, no empece para mi suposición que la fábula sólo se refiera á Santa Elena, Manta y Puerto Viejo, lugares muy alejados de los puntos donde se han descubierto los vestigios de los pescadores que Uhle tiende á asimilar con los de la Tierra del Fuego. Han podido ser aquellos los términos septentrionales de la invasión. Ni empece tampoco que Gutiérrez de Santa Clara pretenda que la invasión de los gigantes fué contemporánea nada menos que del inca Túpac Yupanqui. No hay que aceptar sin grandes precauciones y desconfianza la cronología y la geografía de los cronistas, los cuales no hicieron sino fijar por escrito las tradiciones populares. El vulgo, y sobre todo el vulgo bárbaro de los indios costeños en tiempo de la Conquista, tuvo inevitablemente que falsear y corromper la memoria de aquel suceso, y trastrocarlo en siglos, y aún en decenas de siglos. La incertidumbre de su determinación cronológica se prueba con las discordancias entre las diversas autoridades. Al paso que Gutiérrez de Santa Clara coloca el establecimiento de los gigantes en Santa Elena por los años de Túpac Inca Yupanqui (mediados ó último tercio del siglo XV), Montesinos lo pone en el reinado del preincásico Ayar Tacco (1) y los escritores más verídicos, como Cieza y Zárate,

(1).—En las *Memorias históricas* de Montesinos esta tradición se encuentra en el mismo estado lamentable de todas las demás. Confunde

sin precisar época, dan á entender que fué mucho antes de los Incas y en tiempos muy remotos. Sin duda, es esta última la más acertada opinión (1).

Mientras las civilizaciones de la costa luchaban con alternativas contra las irrupciones de los salvajes, en la sierra crecían y se desenvolvían civilizaciones de carácter, á lo que parece, mucho más invasor y belicoso. La que al cabo llegó á dominar á las demás tuvo su asiento en los fríos llanos que rodean el Titicaca y su principal santuario en Tiahuanaco, situado entonces á orillas del lago. Sería temeridad afirmar que fué esa la más antigua de las grandes civilizaciones de la serranía y que de ella se derivaron las otras. Posible es que las ruínas de Cuélap, por ejemplo, en la provincia de Luya, sean, nó las de una gran defensa militar de fronteras contra los naturales de Moyobamba y la montaña, sino las de la capital de un imperio independiente del de Tiahuanaco, de raza y cultura distintas, y que, menos afortunado que aquél, no alcanzó á dilatar su influencia hasta tan lejanos confines.

Por lo que los monumentos revelan, la civilización de Tiahuanaco hubo de ser teocrática; y tal vez á ella correspondan las confusas noticias que sobre una soberana casta sacerdotal nos dan Montesinos y otros autores. En sus conquistas llegó á abarcar la misma ó casi la misma extensión de territorio que los Incas. Uhle ha encontrado sus huellas en Chanchán y Pachacámac, lo cual demuestra que subyugó á las poblaciones de la costa, puesto que sería absurdo suponer en aquella época una penetración de costumbres meramente pacífica y comercial. La propagación de la lengua quechua hasta Pasto y hasta los límites meridionales de la actual Bolivia y aún más allá; propagación que, como ya dije, no puede datar sólo de la dominación in-

Montesinos á los gigantes con los Chimus y las otras tribus civilizadas de la costa, y atribuye á aquellos salvajes invasores la construcción del gran santuario de Pachacámac. (*Memorias historiales del Perú*, libro II, cap. IX).

(1).—Aunque de menos respetabilidad que los últimamente citados, no estará demás recordar el testimonio del padre Velasco en la *Historia de Quito*:

cásica, debe atribuírse también á este gran imperio de Tiahuanaco. Y de aquí se desprende como conclusión lógica que fué imperio de raza quechua, y nó de la impropriamente llamada aimará, según sostienen muchos. La situación del idioma de los *Collas* (ó digamos *aimará* para seguir la común costumbre), rodeado por naciones que hablan todas el quechua, dice muy á las claras que una inmigración vino en posteriores tiempos á destruir en su foco la civilización de Tiahuanaco y á establecerse en el centro de la región ocupada por los Quechuas.

Máximo Uhle ha descifrado en los relieves de la portada monolítica de Tiahuanaco la imágen del dios Viracocha; y ello, en vez de contrariar mi hipótesis, la confirma. Viracocha era un dios antiquísimo; y no veo yo qué nos autorice á creerlo divinidad nacional de los Aimaraes. Hay muchas razones para asignarle procedencia quechua. Tenía en Cacha, pueblo de lengua quechua, un templo especial y muy célebre, construido, nó como quiere Garcilaso por el octavo inca, sino desde edad inmemorial, y únicamente reparado y embellecido por aquel monarca, que tomó el nombre del dios. Cierto que Garcilaso asegura que Viracocha era *dios moderno* (1); pero hemos de probar que, precisamente, el lado flaco y vulnerable de Garcilaso, son los mitos y las ceremonias é instituciones religiosas de los indios, de todo lo cual no alcanzó sino muy imperfecto y errado conocimiento. El propio Garcilaso se desmiente de manera implícita cuando, al contar la aparición de la fantasma Viracocha al príncipe que luego en conmemoración adoptó el mismo nombre, pone en boca de la fantasma las siguientes palabras: "Sobrino, yo soy hijo del Sol y hermano del inca Manco Cápac y de la coya Mama Ocllo, su mujer y hermana, los primeros de tus antepasados. Soy hermano de tu padre y de todos vosotros" (2). No deduciremos de aquí por cierto, como livianamente lo hizo Vicente Fidel López, que Garcilaso no ignoraba los relatos de Montesinos sobre la época primitiva; pero sí deduciremos con fundamento el sello tradicional y vetus-

(1).—*Comentarios*, parte I, libro II, cap. XVII.

(2).— Idem, parte I, libro III, cap. XXII.

to del culto de Viracocha, que el inca no inventó, sino sólo ensalzó y dignificó. Y esto se corrobora con la descripción del templo de Cacha, de forma tan singular y arcaica (1). Si Viracocha hubiera sido ídolo de los Collas, nación enemiga de los Cuzqueños y semillero de constantes sublevaciones (según se vé con toda evidencia en un pasaje de la *Destrucción* de Cristóbal de Molina publicado por Jiménez de la Espada en el mismo volúmen que *Las antiguas gentes del Perú* del padre Las Casas) (2); ¿cómo concebir que los orgullosos *orejones* admitieran una religión extranjera y la honraran hasta colocar el simulacro de Viracocha más alto que el del Sol? (Cieza, *Señorío de los incas*, cap. XXX; Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, libro quinto, cap. 3; libro sexto, cap. 19. Vid. también Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, libro XIII, cap. IV; Las Casas, *Antiguas gentes del Perú*, cap. VII; y el *Confesonario para los curas de indios*, Sevilla 1603, que se basa en "el tratado y averiguación que hizo el licenciado Polo de Ondegardo"). Viracocha no fué, pues, la deidad particular de los Incas (porque sabemos que esa era el Sol); pero fué la deidad común de todos los pueblos de idioma quechua, entre los cuales se comprenden los Incas.

Si los indios de lengua aimará son los descendientes de los constructores de Tiahuanaco, ¿por qué olvidaron desde tan antiguo el destino y origen de aquellos edificios, y en sus tradiciones expresaron el pasmo propio de gentes bárbaras ante la repentina aparición de obras de una civilización superior, diciendo que "en una sola noche remanecieron hechas"? (3) ¿Por qué concuerdan casi todos los viajeros,

(1).—Cap. XXII del libro V de la Primera parte de los *Comentarios*.

(2).—"Era el Inga y todos sus súbditos enemiciísimos en general de los que se le alzaban; y con los que más veces se le habían rebelado, estaba peor él y todas sus provincias, y eran tenidos en gran oprobio de todos, y no les permitían ningún género de armas, y siempre los aviltaban de palabra y en sus refranes, como á los indios del Collao, que les llamaban *aznacolla*, (como quien decía *el indio del Collao hiede*).

Véase también lo que dicen la *Miscelánea* de Cabello Balboa sobre el reinado de Túpac Yupanquí; la relación de Santa Cruz Pachacuti en los reinados de Viracocha y Túpac Yupanquí; y el *Señorío de los incas* de Cieza en los reinados de Yupanquí, Pachacútec y Túpac Yupanquí.

(3).—Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. CV.

desde Cieza de León, en que las fábricas de Tiahuanaco quedaron inconclusas, como si una invasión las hubiera interrumpido? Y finalmente ¿por qué los Incas, cuya raza quechua está comprobada por su lenguaje peculiar (que no era sino un dialecto quechua), fijaron siempre como punto de partida de sus progenitores y su cultura las riberas del Titicaca, y tributaron á los templo de Tiahuanacc y de las islas del lago veneración y acatamiento incomparablemente mayores que los que les mereció el famoso templo de Pachacámac? Nada de esto se explica si suponemos aimará el imperio de Tiahuanaco; y todo se explica si lo suponemos quechua, y por consiguiente de la misma lengua y la misma sangre que el posterior de los Incas (1). Además, los Collas en su aspecto y costumbres ofrecen indicios de haber sido

(1).—Las denominaciones de *quechua* y *aimará*, igualmente equívocas, aumentan la confusión de estos obscurísimos problemas.

En sentido restricto llámase *Quechuas* las tribus que vivían en las provincias de Cotabambas, Aimaraes y Chumbivilcas, y que antes de la invasión de los *Chancas* ocupaban también la de Andahuaylas. Fueron siempre muy leales vasallos de los Incas. Pero aquí entendemos por *raza quechua*, con criterio filológico, el conjunto de naciones que hablaban el idioma quechua, el cual desde los más remotos tiempos estaba extendido por la sierra á partir de la región del Cuzco hasta la de Quito. En aquel espacio de la sierra todas las lenguas eran dialectos del quechua (fuera de las importadas ó *ahuasimi*) y conforme dicen las informaciones de Vaca de Castro, "allegadas á la quechua como la portuguesa ó la gallega á la castellana". Por el sur, el quechua se detiene bruscamente en Sicuani, donde comienza el dominio del aimará. Reaparece después en Oruro y llega á las montañas que ocupan el norte de la República Argentina, hasta Tucumán, cuyos habitantes usaban el *calchaquí*, que en opinión de muchos filólogos está constituido por la fusión del vocabulario quechua y de la sintaxis de los idiomas de las tribus tucumanas.

Aimaraes se llaman propiamente los habitantes de una provincia que confina con las de Cotabambas, Abancay, Andahuaylas y Parinacochas. Estos aimaraes pertenecen á la nación quechua, hablan el quechua y no presentan afinidad alguna con los *Collas*, que son los representantes de la raza comunmente conocida por *aimará*. Los primeros españoles que estudiaron la lengua de los Collas, la denominaron aimará, porque la oyeron á una colonia de *mitimaes* establecida en el Collao y originaria de la comarca aimará; y tan inexacto nombre se ha generalizado. Los Collas ó indios que hablan el aimará ocupan la altiplanicie del Titicaca desde Sicuani hasta Oruro en Bolivia. Pero en la época de su apogeo, cuando destruyeron el imperio de Tiahuanaco, debieron de llevar muy lejos sus conquistas, porque se encuentran rastros suyos en Arequipa y Moquegua, en Ayacucho y Huancavelica, y aun en Yauyos y Canta, si bien algunos de estos últimos pueden ser resultado del sistema incásico de colonias ó *mitimaes*, que introduce tanta incertidumbre en la determinación de los límites naturales de las razas indígenas.

una nación bárbara é invasora, más fuerte que los Quechuas; no presentan como éstos señales de una disciplina social muchas veces secular: parecen raza menos vieja y agotada; y su lengua, tosca y ruda, ajena á las delicadezas del quechua, no es de creer que haya sido vehículo apropiado de una gran organización política.

Pero si el imperio de Tiahuanaco ha sido de idioma quechua, según todas las probabilidades, no debemos imaginarlo dominado por una sola nación ó tribu desde su fundación hasta su ruína. Han debido de sucederse en él, por el transcurso de tiempo que supone la enorme extensión de su influencia, varias dinastías; y en los estados primitivos el cambio de dinastías significa por lo general el sucesivo predominio de diversas tribus, que unas veces constituyen castas superpuestas en la misma sociedad, y otros grupos con frecuencia vecinos y aún consanguíneos, pero no por eso menos encarnizados rivales en la pugna por la preponderancia. Tal es lo que nos enseña dondequiera la historia de las primeras edades; y tal ha sido verosímilmente la pérdida de la historia de la civilización de Tiahuanaco. Y tal vez tenga aquí cabida la parte de verdad que reconozco en las intrincadas y alteradas tradiciones de Montesinos y en las conjeturas de Vicente Fidel López. Algún eco se conserva de aquellas remotísimas alteraciones en la fábula relatada por Betanzos: "En los tiempos antiguos dicen ser la tierra y provincia del Perú oscura, y que en ella no había lumbre ni día. Que había en este tiempo cierta gente en ella, la cual gente tenía cierto señor que la mandaba y á quien ella era sujeta. Del nombre desta gente y del señor que la mandaba, no se acuerdan. Y en estos tiempos que esta tierra era toda noche, dicen que salió de una laguna que es en esta tierra del Perú, en la provincia que dicen de Collasuyo, un señor que llamaron Con Ticci Viracocha, el cual dicen haber sacado consigo cierto número de gentes, del cual número no se acuerdan. Y como este hombre hubiese salido desta laguna, fué de allí á un sitio que es junto á esta laguna, que está donde hoy día es un pueblo que llaman Tiaguanaco.....Y que á aquella gente primera y á su señor, en castigo del enojo que le hicieron, hizolos que se tornasen pie-

dra luego" (1). También se refiere al imperio de Tiahuanaco el padre Anello Oliva, al hablar del "gran señor Hujustus, señor de Tiahuanaco y de todo el mundo" (2).

¿Cómo se destruyó ese imperio? Lo más probable es que, debilitado por internas disensiones, no pudiera resistir el empuje de la inmigración de los Aimaraes, venidos quizá del oeste de Bolivia y del norte de Chile. La planicie del Collao, centro de las riquezas y del poderío del imperio, tierra fría pero apetecible para pueblos pastores, atrajo á los Aimaraes, que en ella se fijaron y que arruinaron Tiahuanaco. Los Quechuas se vieron obligados á emigrar; y así quedó su raza dividida en dos porciones sin comunicación entre sí, como hoy mismo está: la de los quechuas del Perú y de Quito, y la de los quechuas de Charcas. Por poca fe que merezca Montesinos, es digno de notarse que hace venir del sur, por el lado del Tucumán y el Collao, á las hordas que derrotan y matan al rey Titu Yupanqui, y causan la pérdida "del gobierno de la monarquía peruana" y la despoblación de la capital (3). Juan Santa Cruz Pachacuti, que, por ser de la provincia Collagua (la moderna Cailloma), narra tradiciones íntimamente conexas con las del Collao, dice, en un pasaje que ya he citado, que en la época *purunpacha* aparecieron por Potosí ejércitos que poblaron el territorio; y á través de la enrevesada jerga de Pachacuti, se vé que arranca de la entrada de esos ejércitos el período de desorden, guerras y asaltos continuos. Decir que poblaron la tierra no puede significar sino que fueron los primeros habitantes de raza aimará, y en manera alguna que encontraran deshabitada la comarca, puesto que todo prueba que desde los más remotos siglos hubo habitantes civilizados en la meseta del Titicaca. Cronista de gravedad muy superior á los anteriormente aducidos, es Herrera, que cuenta (extractando sin duda los primeros capítulos perdidos del *Señorío de los Incas* de Cieza) que en Coquimpu (Coquimbo, en Chile)

(1).—Betanzos, *Suma y narración de los Incas*, cap. I. Lo mismo cuentan Herrera y Cieza.

(2).—Anello Oliva; libro I. cap. 2.

(3).—Montesinos, *Memorias históricas*, libro II, caps. XIII y XIV.

se levantó el capitán Cara, el cual exterminó á los hombres blancos del Titicaca. El nombre Cara ó Cari es en todos los historiadores el de un príncipe aimará. No importa á nuestro propósito averiguar por qué la tradición aplicaba á los primeros pobladores del Collao el epíteto de *blancos*, que seguramente no conviene á los Quechuas (1). Pero entre los laberintos y tenebrosidades de la fábula, se distingue el recuerdo de una gran invasión que sube del sur y que aniquila ó ahuyenta á los antiguos dueños del Collao.

Con la caída del imperio y la anarquía subsiguiente, la costa recuperó su independencia. Ocurrieron entonces en ella trastornos étnicos. Varias emigraciones desembarcaron en sus playas, y dieron principio á los reinos ó señoríos de Chíncha y del Gran Chimú. Los mitos costeños consignan el hecho de estas invasiones. Cuenta Gómara que el dios Con vino del norte creando hombres; y que después lo siguió el dios Pachacámac, que desterró á Con, convirtió á sus hombres en gatos y otros animales negros, y creó nuevos pobladores. Pese á los ciegos partidarios del sistema de interpretación física de los mitos, falso como todos los sistemas exclusivos, hay que admitir que el referido expresa la contienda de dos pueblos invasores y el sometimiento y la degradación de uno de ellos (2).

Entretanto, muchas tribus quechuas arrojadas del Collao, y apretadas por los vencedores Aimaraes del lado del sur y por los Chancas del lado del oeste, se refugiaron en los valles del Vilcamayo ó Urubamba y del Pachachaca, y en los intermedios. Los Aimaraes concluyeron por adorar á Viracocha, y no es el suyo ciertamente el único ejemplo en la historia de la conversión de bárbaros dominadores á las creen-

(1).—Puede afirmarse casi sin dudar que en esta parte Herrera no hace sino copiar los capítulos perdidos de Cieza.

No es improbable que los amedrentados indios en los años posteriores á la Conquista dieran á las palabras *hombre blanco*, el sentido metafórico de *hombre atrevido, portentoso, divino*. En tal caso se aplicaría perfectamente á los autores de las maravillas de Tiahuanaco.

(2).—Vid. también Garcilaso, *Comentarios*, Primera parte, libro VI. cap. XVII.

cias de los vencidos; pero al principio parece que los adoradores de Viracocha fueron perseguidos y expulsados (1).

Las cuatro tribus simbolizadas en los hermanos Ayar se cuentan entre las que se vieron obligadas á desamparar las llanuras del Titicaca y á internarse en las quebradas del río Vilcamayo (ó de Yucaj). Asentaron en las regiones de Pacaritambo y del Cuzco, pobladas y civilizadas desde mucho antes, pero cuya civilización, á causa de las últimas conmociones, debía de haber decaído considerablemente. Jamás olvidaron los Incas que eran oriundos del Collao, y es éste uno de los puntos mejor averiguados en la primitiva historia del Perú. Según Betanzos, Viracocha, después de haber *tornado en piedras* á los hombres de Tiahuanaco y de haber enviado fuego del cielo sobre los irreverentes indios de Cacha, creó en el Cuzco á Allcaviza; y sabemos por las informaciones de Toledo que Allcaviza es la tribu de Ayar Uchu (1). Para Santa Cruz Pachacuti, Tonapa Viracocha entrega la tabla de las leyes divinas á Aputampu, cacique de Tampu ó Pacaritampu, y padre de los Ayar. Cabello Balboa (*Miscelánea*, cap. XI.) dice que *muchos indios pretendían que los cuatro hermanos salidos de Pacaritampu (los Ayar) eran originarios del Titicaca*. Según Pedro Pizarro “el primer inca salió del Titicaca; otros dicen que salió de Tampu; llamábase Viracocha y sujetó treinta leguas alrededor del Cuzco, donde pobló”. Según Agustín de Zárate: “De la parte del Collao, por una gran laguna que allí hay, llamada Titicaca, que tiene ochenta leguas de bojo, vino una gente belicosa que llamaron Ingas, los cuales andan trasquilados y las orejas horadadas, y metidos en los agujeros unos pedazos de oro redondo con que los van ensanchando. Y al principal de ellos llamaron Zapalla Inga, que es *sólo señor*, aunque algunos quieren decir que le llamaron Inga Vira-

(1) Consúltense Cieza, Betanzos, Acosta y Santa Cruz Pachacuti sobre el viaje de Viracocha al norte, desde Tiahuanaco á Puerto Viejo (Ecuador), y la fundación del templo de Cacha. Cieza distingue dos Viracochas, pero ambos hacen casi lo mismo.

(2) Betanzos, *Suma y narración de los Incas*, caps. I y II. *Informaciones de Toledo* (á continuación del segundo libro de las *Memorias históricas* de Montesinos), Madrid, 1882, pags. 230 y 231.

cocha". (*Historia del Perú*, libro I, cap. X.) Según Gutiérrez de Santa Clara, Manco Cápac salió con gente armada de la isla grande de Titicaca, y fundó el pueblo de Hatuncollao ó Hatuncolla, que fué capital y corte del imperio de sus descendientes, hasta que Túpac Yupanqui se mudó al Cuzco; noticia evidentemente disparatada y absurda, pero que comprueba la persistencia de la tradición que designaba el Collao como la cuna de los Incas (1).

Que los Incas fueron de raza quechua lo demuestra, como ya lo dije, su lengua particular, que por las voces que de ella nos ha conservado Garcilaso, resulta ser un dialecto quechua, propio (según lo aseguró el príncipe Alonso Topa Atau, nieto de Huayna Cápac, al jesuíta Cobo) de los indígenas del valle de Tampu.

El sitio del Cuzco, ocupado antiguamente por los indios Huallas, fué invadido en sucesivas ocasiones por los ayillos que la leyenda personifica en los hermanos de Manco. Después de algún tiempo, apareció éste con su gente y domoñó á los demás (2). En vista de tales datos, la historia de los Incas se alumbra con inusitada luz, y se comprenden perfectamente circunstancias de su constitución social hasta hoy inexplicables. El Tahuantinsuyu, como todos los imperios bárbaros, nace de una tribu que primero subyuga á las vecinas y parientas, y luego, puesta á la cabeza de ellas, emprende la conquista de las naciones extranjeras. El aylo dominador se convierte en la suprema casta de los *incas de sangre real*. La ciudad del Cuzco, como Roma y Atenas, se establece por la yuxtaposición de varios grupos ó comunidades de la misma raza y el mismo idioma. *La lengua cortesana de los Incas, que no era lícito á los otros indios aprender* (Garcilaso, *Comentarios*, Parte primera, libro VII. cap. I), es el dialecto de aquellas comunidades y del lugar de donde provenían. Los *incas de sangre real* no son sólo los descendientes de los soberanos, sino todos los del linaje de la

(1) —Gutiérrez de Santa Clara, *Historia de las guerras civiles del Perú*, libro III, caps. XLIX y L.—Consúltese igualmente el capítulo III del libro XII del padre Cobo.

(2).—Véase lo que hemos dicho en páginas anteriores acerca de las citadas informaciones de Toledo.

tribu de Manco; y los *incas por privilegio*, de que nos habla Garcilaso y de cuya existencia dudó sin razón Prescott (1), no son de seguro procedentes de los agraciados por las concesiones hábilmente graduadas que Garcilaso refiere y que son inconcebibles en la barbarie de esos orígenes, sino los miembros de las tribus de los sometidos Ayar y de otros distritos próximos y congéneres, que componían la confederación cuyo mando asumieron Manco y sus compañeros, merced á su superioridad guerrera. Y he aquí la razón por la cual los *incas por privilegio* eran los habitantes de las cercanías del Cuzco. El *llautu*, las orejeras y el uso de perforarse las orejas, son los distintivos de los pueblos de aquella confederación, con diferencias que marcan los diversos grados de jerarquía. Ahora nos explicamos lo que significa la milicia especial de los *orejones*, de que trata Cabello Balboa como de la principal del ejército de Huayna Cápac, que tenía al Sol (*Inti*) por dios particular y gentilicio; era la nación de los Incas armada, tanto la de los incas de sangre real como la de los llamados por Garcilaso *de privilegio*. Venía á representar en las tropas de los reyes cuzqueños lo que el cuerpo de los *melóforos* y los *inmortales* en las tropas de los antiguos reyes persas. Despojado así de su envoltura mítica, el principio del imperio de los Incas cesa de ser un enigma, nos descubre el secreto de la organización que de él dimanó, encaja dentro de las leyes de la evolución política de los estados; y su sorprendente analogía con el nacimiento de todas las demás sociedades, analogía fundada en la substancial identidad de la naturaleza humana, es la más clara comprobación de la verdad de la hipótesis.

Garcilaso relata sobre el origen de los Incas la hermosa leyenda de Manco Cápac y Mama Ocllo, aparecidos en el lago Titicaca, hijos del Sol y civilizadores de los indios, que le fué contada por su tío Cusi Huallpa; y á continuación trae la de los cuatro Ayar, conocida de casi todos los analistas incásicos, y otra de cuatro hermanos, Manco, Colla, Tocay

(1). — Garcilaso, *Comentarios*. Primera parte, libro I, cap. XXIII. — Prescott, *Historia de la Conquista del Perú*. Introducción, libro I, cap. I

y Pinahua, á quienes en Tiahuanaco un hombre poderoso (sin duda Viracocha, aunque Garcilaso no lo diga) les reparte las cuatro partes del mundo. Esta última quizá individualice, á semejanza de la de los hijos de Noé en el *Génesis*, las cuatro razas peruanas: Quechuas, Aimaraes, Chinchas ó costeños, y Chunchos; ó también la dispersión de los Quechuas después de la ruína del imperio de Tiahuanaco.

Naturalmente, Garcilaso expone estas fábulas reconociendo que lo son: "Después de haber dado muchas trazas y tomando muchos caminos para entrar á dar cuenta del origen y principio de los Incas, reyes naturales que fueron del Perú, me pareció que la mejor traza y el camino más fácil y llano era contar lo que en mis niñeces oí muchas veces á mi madre y á sus hermanos y tíos, y á otros sus mayores, acerca de este origen y principio; porque todo lo que por otras vías se dice de él, viene á reducirse en lo mismo que nosotros diremos, y será mejor que se sepa por las propias palabras que los Incas lo cuentan, que nó por las de otros autores extraños.....Digo llanamente las fábulas historiales que en mis niñeces oí á los míos. Tómelas cada uno como quisiere y déles el alegoría que más le cuadrare. A semejanza de las fábulas que hemos dicho de los Incas, inventan las demás naciones del Perú otra infinidad dellas, del origen y principio de sus primeros padres, diferenciándose unos de otros, como las veremos en el discurso de la historia: que no se tiene por honrado el indio que no descende de fuente, río ó lago, aunque sea de la mar ó de animales fieros, como el oso, león ó tigre, ó de águila, ó del ave que llaman *cúntur*, ó de otras aves de rapina, ó de sierras, montes, riscos ó cavernas; cada uno como se le antoja, para su mayor loa y blasón. Y para fábulas baste lo que se ha dicho..... Y no hay que espantarnos de que gente que no tuvo letras con qué conservar la memoria de sus antiguallas, trate de aquellos principios tan confusamente; pues los de la gentilidad del mundo viejo con tener letras y ser tan curiosos en ella, inventaron fábulas tan dignas de risa y más que estotras" (1).

(1).—Garcilaso, *Comentarios*. Primera parte. libro I, caps. XV y XVIII

Garcilaso dá de la figura legendaria de Manco una explicación pseudo racionalista, que era la única que podía imaginarse, cuando aun no había amanecido la verdadera crítica histórica: "Lo que yo, conforme á lo que ví de la condición y naturaleza de aquellas gentes, puedo conjeturar del origen de este príncipe Manco Inca, que sus vasallos por sus grandezas llamaron Manco Cápac, es que debió de ser algún indio de buen entendimiento, prudencia y consejo, y que alcanzó bien la mucha simplicidad de aquellas naciones, y vió la necesidad que tenían de doctrina y enseñanza para la vida natural; y con astucia y sagacidad, para ser estimado, fingió aquella fábula, diciendo que él y su mujer eran hijos del Sol que venían del cielo" (1). Es análoga explicación á la de los quipocamayos en las informaciones de Vaca de Castro (2); y ambas equivalen en la historia incásica á las primeras tentativas de interpretación de las fábulas de Rómulo y Remo en la historia romana. Erróneamente sostiene Garcilaso que "no ha habido nación que se preciase descender" de los Ayar hermanos de Manco. En repetidas ocasiones hemos visto que los Alicahuizas declararon en las informaciones de Toledo ser descendientes de Ayar Uchu. De donde se colige que los ayillos de Sahuasiray y Antasáyac hubieron de ser del linaje de los otros Ayar.

La fábula de los Ayar y la de la venida de Manco Cápac y Mama Ocllo del Titicaca, se integran y completan mutuamente. La primera es el recuerdo del establecimiento de las tribus Incas ú Orejones en el valle del Cuzco y sus luchas entre sí. La segunda se contrae á rememorar el origen de esas tribus y de su civilización. Los Incas, que vienen del Titicaca, son herederos legítimos de la civilización quechua de Tiahuanaco; y en este sentido, y sólo en este sentido, es exacta la esencial afirmación de Montesinos: que el imperio incásico es el continuador y restaurador del primer imperio quechua.

(1).—Garcilaso, *Comentarios*, primera parte, libro I, cap. XXV.

(2).—*Una antigualla peruana. Discurso sobre la descendencia y gobierno de los Incas*, publicado por Jiménez de la Espada. (Madrid, 1892).

Nada puede afirmarse sobre la existencia real de Manco Cápac. Es igualmente conjetural suponer que haya sido el capitán de la tribu vencedora, ó una creación de la fantasía popular que en él personificó esa tribu, ó, por último, el numen ó ídolo de la misma. El hecho de que los incas de la estirpe Chima Panaca reconocieran como tronco y antecesor directo á Manco Cápac (1), es argumento tan débil de la individualidad de éste, como lo es de la de Eneas y la de Hércules las genealogías de las familias romanas Julia y Fabia. Mas, si ha tenido Manco efectiva existencia, ha sido, á no dudarlo, caudillo quechua, y de ningún modo aimará, como algunos pretenden. Contra las poderosas razones que convencen de que él y su ayllu eran de raza quechua (de las cuales hemos enunciado las principales en anteriores páginas), sólo se presenta la dudosa etimología de *mallcu*, que en aimará quiere decir *jefe* ó *general*. Pero bien sabemos lo falaces que suelen ser estas etimologías en antigüedades peruanas, y sobre todo en lenguas tan afines como la aimará y la quechua, en las que parece á primera vista lógica derivación cualquiera casual coincidencia ó cualquier parentesco colateral de dicciones.

Importantísimo para la confirmación de todo lo dicho acerca de los Incas, de su establecimiento en el Cuzco y de sus guerras con otras tribus de orejones, es el párrafo que transcribo de la *Destrucción* de Molina: "Lo que entre los naturales se trata comunmente es que en este asiento del Cuzco muy antiguamente había dos maneras de orejones. Los unos de estos orejones eran trasquilados, y los otros de cabellos largos, que se llaman hoy día *chilques*; éstos pelearon los unos con los otros, y los trasquilados sujetaron á los otros de tal manera que jamás alzaron cabeza ni habitaron por vecinos de la ciudad del Cuzco; y así hay hoy día pueblos dellos por las comarcas de la tierra del Cuzco; mas en la propia ciudad no los consintieron más vivir, sino solamente la gente común dellos para servir en

(1).—Garcilaso, *Comentarios*. Primera parte, libro IX, cap. XL.

lo que les mandaren" (1). Y más abajo dice: "Entre estos orejones ó Ingas que viven en el Cuzco, hay dentro de la ciudad del Cuzco dos parcialidades: la una es de los Ingas que viven en Hurincuzco, que es en lo bajo del Cuzco, y otros viven en Anancuzco, que es en el Cuzco de arriba; y tiéñense entre ellos por más hidalgos y nobles los del Cuzco de arriba, aunque ya se vá perdiendo esto todo con la venida de los españoles, de manera que ya son tan unos todos que no se acuerdan casi cuál es más noble" (2). Los de la parcialidad de Hanancuzco tenían por padre y fundador á Manco. Los de Hurincuzco pueden venir de un ayllu de orejones fusionado con el de Manco y representado en la fábula por aquel Ayar que según algunos cronistas se sometió á Ayar Manco y lo ayudó á fundar la ciudad; ó más bien, como cuenta Garcilaso (3), de Mama Oello, hermana y mujer de Manco, lo que, traducido del lenguaje mítico al positivo, quiere decir que eran de la misma tribu de Manco, dentro de la cual figuraban como una subdivisión.

Manco Cápac, en todo caso, no fué el pacífico apóstol y reformador que Garcilaso nos presenta, y que admiten autores relativamente modernos, como Tschudi y Rivero en las *Antigüedades peruanas* y Lorente (4). De existir en realidad, fué un reyezuelo bárbaro, un jefe de bandas invasoras, y vivió en constantes reencuentros y combates por la posesión de los territorios de Pacaritambo y del Cuzco. Aun caben dudas sobre la personalidad de Sinchi Roca, su hijo y sucesor según la leyenda, en el que parecen haberse confundido y en-

(1).—A continuación de *Las antiguas gentes del Perú* del padre Las Casas, publicadas por Jiménez de la Espada; págs. 253 y siguientes.

(2).— Idem, Idem, pag. 255.

(3).—Garcilaso, *Comentarios*, Primera parte, libro I, cap. XVI.

Para Betanzos los Hurincuzcos eran raza inferior y mezclada con extranjeros; pero merece poca fe en esta parte, porque se sirve de un poema sobre las glorias del inca Pachacútec, á quien el poema atribuye todas las instituciones del imperio, y la historia en este consorcio con la poesía se ha estropeado mucho.

Para Cieza, (*Señorío de los Incas*, cap. XXXII); los de Hanancuzco son los descendientes de los hijos y confederados del curaca de Zañu, suegro de Lloque Yupanqui; y los hijos y servidores de este último, los de Hurincuzco.

(4).—Tschudi y Rivero *Antigüedades peruanas* (Viena, 1851), pág. 63. —Sebastián Lorente, *Civilización peruana* (Lima, 1879), pág. 129.

globado bajo una sola denominación fabulosa muchos oscuros régulos de la tribu de Manco, que sin duda han luchado penosa y dilatadamente hasta alzarse con la supremacía de las confederaciones que formaban los moradores del Cuzco y los de Canchis y Quispicanchis. Los monarcas adquieren ya consistencia histórica á partir de Lloque Yupanqui, cuyo sobrenombre de *Yupanqui*, que quiere decir *memorable*, no ha podido aplicarse sino á un célebre conquistador, como el que describe Garcilaso, y no al insignificante curaca de que hablan Cieza, Montesinos Betanzos y las informaciones de Vaca de Castro.

Aunque desde Lloque Yupanqui los soberanos incas aparecen á todas luces como personajes de efectiva existencia, no por eso dejan de ofrecer sus hechos marcadísimo carácter legendario, hasta Viracocha y Pachacútec cuando menos; y hay entre los cronistas la mayor disconformidad en cuanto al número, orden y sucesión de los reyes y á las conquistas y hazañas que á cada uno se atribuyen. Observa con mucho juicio Pí y Margall que poco importa que no podamos señalar con certeza lo que hizo y las tierras que ganó cada inca, y las leyes que de cada reinado provienen, ya que los hechos esenciales de la existencia, desarrollo é instituciones del imperio nos son conocidos con suficiente exactitud. Garcilaso enuncia la misma reflexión (1), que manifiesta su buen criterio, por más que se lo desconozcan sus incesantes detractores. Pero, por mucho que prescindamos con justo desdén de particularidades y minucias, inasequibles casi siempre en la historia de naciones semicivilizadas y del todo inaveriguables en la historia incásica, que es un tejido de tradiciones orales consignadas muy tardíamente por escrito, aun en las más principales cuestiones resulta difícilísimo acertar con la verdad entre las contradictorias relaciones de los cronistas de los Incas. Es la más delicada y peligrosa tarea de erudición la de distinguir en aquellos cronistas lo legendario de lo positivo, y adivinar ese crepuscular pasado, concordando las múltiples versiones

(1).—*Comentarios*, Primera parte, libro II, caps. IX y XVI.
Pí y Margall, *Historia general de América*, tomo I, vol. primero, pág. 329.

en una sincrética y verosímil (1). Aquí no vamos sino á exponer con la posible brevedad los puntos en que la relación de Garcilaso se opone á la de los demás historiógrafos antiguos ó ha suscitado dudas y dificultades en los autores modernos. Pero antes conviene recordar, para descargo de nuestro Garcilaso, que así como en el desconocimiento de la cultura preincásica lo acompañan los más de los escritores de su tiempo, así también en pintar á Manco Cápac como un manso y benéfico misionero lo acompañan entre otros las tan apreciadas autoridades de fray Jerónimo Román y Zamora y de los quipocamayos de la información de Vaca de Castro (2). No es justo, pues, que él solo lleve la culpa de haber prestado asenso á aquella poética tradición.

JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO.

(Se continuará.)



(1).—“Como estos indios no tienen letras ni cuentan sus cosas sino por la memoria que de ellas queda de edad en edad y de sus cantares y quipos, digo esto porque en muchas cosas varían, diciendo unos uno y otros otro, y no bastara juicio humano á escribir lo escrito, si no tomara destes dichos lo que ellos mismos decían ser más cierto, para lo contar”, (Cieza, *Señorío de los Incas*, cap. LII).

(2).—Román, *Repúblicas del Mundo*, cap. XI de las *Repúblicas de Indias*.

—Jiménez de la Espada, *Una antigualla peruana* (Madrid, 1892).